CUADERNOS
DE HISTORIA
27

Raquel López Melero

Filipo, Alejandro y el mundo helenístico

5ª edición

ARCO/LIBROS,S.L.

Raquel López Melero

Filipo, Alejandro y el mundo helenístico

ARCO/LIBROS,S.L.

Cuadernos de Historia
Dirección: Alfredo Alvar Ezquerra
Antonio Fernández García
Miguel Ángel Ladero Quesada
Julio Mangas Manjarrés

Ilustración de cubierta: Alejandro Magno. Tetradracma acuñada en Alejandría por Ptolomeo I, hacia el 305 a.C.

Diseño cubierta: Towers.

© by Arco Libros, S.L., 1997
Juan Bautista de Toledo, 28. 28002 Madrid
ISBN: 84-7635-240-9
Depósito legal: M. 44.074-1996
Printed in Spain - Impreso por Ibérica Grafic, S.A. (Madrid)

ÍNDICE

		Pág.
CAP. I	LA UNIDAD DE GRECIA: DE LA EXPANSIÓN MACEDÓNICA AL IMPERIO DE ALEJANDRO	7
1.	Macedonia: el país, la sociedad y la organización política.	7
2.	La monarquía macedónica	9
3.	Filipo II y la expansión macedónica	10
4.	La intervención de Macedonia en la Guerra Sagrada	13
5.	Los griegos frente a Filipo de Macedonia	15
6.	La conquista de Grecia y las consecuencias de la batalla de Queronea	17
CAP. II	ALEJANDRO MAGNO Y EL IMPERIO UNIVERSAL	20
1.	La sucesión de Filipo y los comienzos del reinado de Alejandro Magno	20
2.	Las campañas de Asia Menor y la conquista de Egipto	21
3.	La conquista del imperio persa y la muerte de Alejandro.	25
4.	La obra de Alejandro Magno: política, administración y economía	27
5.	La obra de Alejandro Magno: sociedad y cultura	29
6.	Significado histórico de la obra de Alejandro Magno	30
CAP. III	EL MUNDO HELENÍSTICO	33
1.	La sucesión de Alejandro y la división de su Imperio	33
2.	La monarquía antigónida	36
3.	La monarquía lágida	39
4.	La monarquía seléucida	44
5.	La realeza helenística y sus bases políticas	49
6.	La vida de las ciudades helenísticas	51
7.	Las ligas durante el helenismo	53
8.	Aspectos sociales y económicos	55
9.	Religión y religiosidad	59
10.	El mundo de la cultura	62
BIBLIOGRAFÍA		69

I. *LA UNIDAD DE GRECIA: DE LA EXPANSIÓN MACEDÓNICA AL IMPERIO DE ALEJANDRO*

1. MACEDONIA: EL PAÍS, LA SOCIEDAD Y LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA

Macedonia era la región más septentrional de Grecia, de grandes dimensiones e integrada por valles fluviales y amplias llanuras abiertas hacia el golfo Termaico y rodeadas por altas montañas. Por el oeste limitaba con Iliria, por el norte con Peonia, por el este con Tracia y por el sur con las regiones griegas de Tesalia y el Epiro.

La llamada Alta Macedonia, núcleo primitivo del reino, se articulaba en planicies bastante elevadas y coronadas por montañas; así la Elimiótide o Elimea, en el curso medio del Haliacmón, o la Oréstide, en su curso alto. Por su parte, la Baja Macedonia abarcaba una serie de llanuras aluviales formadas por los ríos que desembocan en el Egeo septentrional a ambos lados de la península Calcídica –el Haliacmón, el Axio y el Estrimón– y sus afluentes. Desde las estribaciones del monte Olimpo, que marcaba la frontera con Tesalia, hasta el curso inferior del Haliacmón se extiende la Pieria. A su vez, desde este río hasta el Axio discurre una amplia llanura, adecuada para el cultivo y los pastos, cuya parte inferior, que miraba al golfo Termaico, recibía el nombre de Botiea, mientras que la situada en la parte superior del río Lidias se denominaba Almopia. En fin, al este del río Axio se proyectaba otra rica llanura, conocida con el nombre de Migdonia, que llegaba hasta el valle del Estrimón.

El clima de Macedonia era duro, con grandes oscilaciones de temperatura entre el invierno y el verano; sólo se atemperaba en las zonas próximas a la costa. No era viable allí, por tanto, el cultivo del olivo, pero se daban en abundancia muchos frutales, vid y trigo. Ricos pastizales permitían asimismo el desarrollo de una

ganadería adaptada a las condiciones climáticas. Abundaba en las tierras macedonias la madera de construcción, y, como un recurso adicional, se contaba con las minas de plata del monte Disoro.

Tres rutas naturales importantes convergían en Macedonia: una iba desde Tracia a través de la Migdonia; otra, desde las tierras danubianas por el valle del Axio; y la tercera, desde el Adriático, pasando por el sur de Iliria. En la época neolítica estas rutas habían conocido un gran trasiego de poblaciones, y en adelante siguieron siendo vías migratorias y comerciales.

El hecho de ser Macedonia encrucijada de rutas euroasiáticas ancestrales motivó la presencia en el territorio de grupos humanos muy diversos, de los cuales sólo algunos debían de hablar lo que podría llamarse un dialecto griego, bastante diferente, por otra parte, de los del resto de la Hélade, aunque es poco lo que sabemos a este respecto al no haberse conservado textos en macedonio y contar sólo para la tipificación de esa lengua con topónimos, antropónimos y otras palabras sueltas; noticias como la de que los macedonios no necesitaban intérprete para comunicarse con los demás griegos, lo que no les ocurría con los ilirios p.e., no son relevantes para la fase primitiva de la lengua, ya que los frecuentes contactos del reino macedonio con los griegos parecen haberlos llevado muy pronto a una aproximación lingüística e incluso a una adopción de la lengua griega por parte de la élite dominante. Pero, por lo que respecta a las poblaciones de Macedonia en general, el factor lingüístico, unido a su bajo nivel cultural, llevaron a los griegos a considerarlas como extrañas a su universo panhelénico. Y tampoco en la corte se alcanzó un refinamiento que pudiera homologarla con los ámbitos griegos aculturizados: las orgías groseras, las danzas procaces y los excesos y desmesuras provocados por la bebida hacían aparecer a los nobles macedonios como bárbaros a los ojos de los griegos.

Desde comienzos del primer milenio probablemente se fue consolidando en Macedonia una capa social dominante que adquirió el control de las tierras mejores –aunque no tenemos testimonios sobre condiciones de sumisión de otras capas o grupos sociales– y que con el tiempo alcanzaría una cohesión política, dando lugar a una dinastía reinante cada vez más poderosa. La fundación en el área de la Calcídica de colonias griegas, que tenían un contacto cultural y comercial intenso con sus metrópolis, introdujo, como decíamos, a la aristocracia macedonia en el mundo griego, haciendo posible la empresa política de Filipo y

de su hijo Alejandro Magno. Por debajo de esa aristocracia de grandes señores, que podrían haber poseído, si damos crédito a un historiador, sólo ochocientos de ellos más tierra que los diez mil ciudadanos más ricos de Grecia, hay que imaginar una masa de campesinos, agricultores, pastores y cazadores, y de artesanos, diversificados en sus costumbres y probablemente en su lenguaje en razón de su respectivas etnias, pero en cualquier caso de un nivel cultural bajísimo, que vieron mejorar sus derechos y su horizonte cultural poco a poco a lo largo de la historia de Macedonia.

2. La monarquía macedónica

Ya en el tránsito del siglo VIII al VII tuvo lugar la expansión de los macedonios del núcleo primitivo hacia el mar, ocupando la Baja Macedonia, para establecer allí su capital, primero en Egas y luego en Pela. Con Amintas I, que puede haber muerto en el 498 a.C., se culmina esa expansión territorial, y con su hijo y sucesor Alejandro I, de la primera mitad del siglo V, quien pasa por haber tenido una intervención favorable a los griegos en la segunda guerra médica, entra Macedonia formalmente en el conjunto de la Hélade, al conseguir su admisión en los Juegos Olímpicos, con la aceptación de una supuesta genealogía de la dinastía reinante –los Argéadas– que la conectaba con la ciudad de Argos y con los Heraclidas. La consolidación de esta dinastía queda plasmada en la acuñación de una nueva moneda, ahora central, que hay que relacionar con la incorporación al reino de los yacimientos argentíferos del monte Disoro.

La siguiente figura del trono macedónico, Perdicas, contemporánea de la guerra del Peloponeso, logra conservar unido el reino, a pesar de los problemas sucesorios, y, con un juego de astucia y diplomacia más que de fuerza, consigue mantener a raya a los atenienses en las costas del Egeo septentrional, frenar las aspiraciones de Esparta hacia esa zona y contener a los siempre amenazantes ilirios. Después, hasta llegar a Filipo, el padre de Alejandro Magno, que recibe un reino debilitado, sólo cabe destacar al propio sucesor de Perdicas, Arquelao, artífice de una verdadera remodelación del reino, con reformas administrativas, mejora de la economía, modernización del ejército y mayor aproximación a la cultura griega. Arquelao lleva la capital a Pela, mejor situada que Egas por su proximidad a la costa y por sus

comunicaciones terrestres, haciendo de ella lugar de encuentro de artistas y filósofos en medio de una magnificencia dispendiosa.

La reforma del ejército llevada a cabo por Arquelao tenía también una vertiente social y política. No sólo iba a ser más eficaz por la mejora cuantitativa y cualitativa del equipamiento y por la creación de nuevas vías y caminos, sino que, al convertir a los combatientes de a pie en hoplitas, hizo de ellos soldados de calidad, capaces de competir en excelencia con la antigua élite de jinetes, y de ese modo la asamblea de los ciudadanos, que era el conjunto de los hombres en disposición de combatir, quedó abierta a los campesinos. Esta nueva fuerza política beneficiaba al rey y a la realeza, por cuanto le restaba dependencia de los nobles en la proclamación del heredero, que correspondía a la asamblea; como también entraba en su competencia el juicio de traición, en el que caían las iniciativas de conspiración contra la figura del rey y la unidad del reino.

La genealogía argiva que se autoatribuyeron los reyes de Macedonia se ha demostrado falsa, pero los nombres de los dinastas revelan una conexión con la Tesprótide, en el Epiro, lo que sugiere el protagonismo de un linaje de esa procedencia en la unificación de lo que habían sido pequeños reinos independientes, acaso a través de alianzas matrimoniales, y siempre manteniendo una relativa independencia para algunos de esos reyezuelos o príncipes locales. El rey era sobre todo jefe del ejército , y, aunque en la práctica la realeza venía a resultar hereditaria, la determinación del heredero entre los posibles candidatos y su aclamación definitiva correspondía, como se ha dicho, a una asamblea de guerreros de tipo homérico. Por lo demás, fuera de las competencias señaladas para la asamblea, el rey tenía un poder absoluto sobre la vida de los súbditos. Ello no quita el que sus actuaciones requirieran una cierta aceptación por parte de éstos, aunque fuera de modo silencioso. Un rey que no lograra dirigir a sus guerreros con éxito o que tuviera actuaciones «impopulares» podría inclinar la balanza del consenso en favor de alguno de los posibles rivales, que siempre existían potencialmente –alguno de los parientes, alguno de los *pares*.

3. Filipo II y la expansión macedónica

Filipo II era el menor de los hijos del rey Amintas III, por lo que hubo de mediar la muerte de sus dos hermanos mayores para

que alcanzase el poder. De los quince a los dieciocho años estuvo en Tebas como rehén, lo que le permitió convivir con los dos magníficos generales tebanos, Epaminondas y Pelópidas, que hicieron de él sin duda el gran estratega que luego se reveló. A su regreso a Macedonia, su hermano Perdicas le confió el gobierno de una región, iniciándole así en todas las tareas administrativas y poniéndole en contacto con las dificultades que pretendió luego superar con sus importantes reformas. A la muerte de Perdicas, Filipo accede al trono en calidad de regente de un heredero menor, para convertirse definitivamente en rey en una fecha que desconocemos, por desposesión de los derechos de su sobrino.

Se describe al rey como de un temperamento desenfrenado, con la caza, la comida y la bebida como sus grandes pasiones, y la falta de moderación como su norma habitual. La corte de Tebas aportó mucho a su formación, pero a buen seguro no el refinamiento de los modales ni el placer de las artes o la cultura, como tampoco las habilidades retóricas en el ejercicio de la política. Y, sin embargo, Filipo respetó cuanto pudo a Atenas por reverencia a la que reconocía como capital cultural del mundo griego, y buscó para su hijo Alejandro el mejor preceptor que pudiera encontrarse entonces, el propio Aristóteles. Por lo demás, tenía como virtudes innatas la habilidad política, la clarividencia sobre las reacciones de los contrarios y una audacia perfectamente controlada.

Con la expansión que lleva a cabo Filipo en los primeros años de su reinado a costa de sus vecinos e inveterados enemigos y a costa de los atenienses, y que culmina con la conquista de Metona, el reino de Macedonia alcanza sus límites máximos: hasta el río Nesto por Tracia, incluyendo por supuesto toda la Calcídica, hasta Tesalia por el sur y hasta el Epiro por el oeste; en total, como Beocia, el Atica y el Peloponeso juntos. Filipo había sabido capitalizar la debilidad de los tres grandes, Atenas, Esparta y Tebas, tras la batalla de Mantinea en el 362.

Después de firmar un primer tratado con los atenienses en el 358, por el que obtenía la devolución de Pidna, renunciando sin embargo a Anfípolis, Filipo había incorporado Peonia y derrotado a los ilirios. Además, no sólo había fortalecido su posición interna eliminando las amenazas que pesaban sobre su autoridad, sino que había extendido su influencia al reino de los molosos del Epiro al desposar a Olimpíade, hija del rey, que sería la madre de Alejando Magno. Desde esta posición más fuerte, enfila

Filipo otro de sus grandes objetivos: expulsar a los atenienses de las costas septentrionales del Egeo.

Conquista Anfípolis mediante asedio y se hace también con Pidna, aunque no trata mal a los vencidos: la presencia de una guarnición macedonia y una determinada merma de sus rentas son las condiciones desfavorables, pero las ciudades conservaban su autonomía. Luego toma contacto con la liga calcidia dirigida por la ciudad de Olinto, que no había llegado a estrechar relaciones con los atenienses, y consigue de ésta el compromiso de no pactar con Atenas sin la aprobación de Macedonia. Se trata nada menos que de un acuerdo sancionado favorablemente por el oráculo de Delfos, y con esa autoridad moral toman los calcidios y los macedonios conjuntamente la ciudad de Potidea en el 356. Esta vez la ciudad fue destruida y entregada a Olinto, siendo autorizados los clerucos atenienses para regresar a la metrópolis. A Atenas ya sólo le quedaba como punto en la costa tracia el puerto de Neápolis. Finalmente logra Filipo arrebatar a los atenienses el control del golfo Termaico, al oeste de la Calcídica, con la conquista de Metona en el 354, tras un asedio en el que el propio Filipo perdió un ojo.

Por lo demás, Filipo había ocupado la ciudad de Crenides, fundada en otro tiempo por los tasios en relación con las reservas auríferas del monte Pangeo, y que ahora pertenecía a los tracios, convirtiéndola en colonia de Macedonia y dándole el nombre de Filipos.

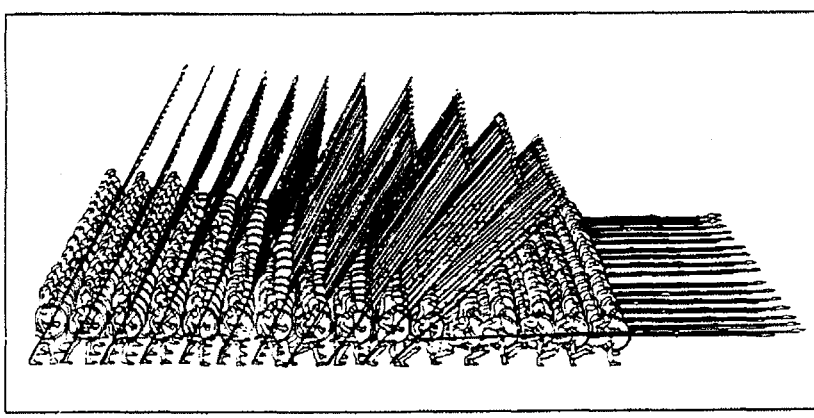


Figura 1. Reconstrucción de la falange macedonia (según Green).

Antes de inaugurar su política de expansión, emprendió Filipo una reorganización radical del ejército, aprovechando la dureza natural y la forma física del campesino macedonio. Para la infantería y la caballería creó una nueva formación táctica, que todavía se llama falange macedonia, sobre el modelo del orden de batalla oblicuo inventado por Epaminondas. A diferencia de la falange tebana, utilizaba la caballería en el ala ofensiva, empleando la infantería como ala defensiva. En ese sentido convirtió a su caballería en una fuerza táctica, concibiendo asimismo el conjunto de los cuerpos de tropas como un conjunto táctico, donde el movimiento de cada grupo y de cada hombre tenía una relación con el movimiento de los demás.

Todo ello se combinaba con un entrenamiento continuo, invierno y verano, día y noche, y con la admiración de los soldados por un jefe que compartía sus fatigas y sus peligros. Y eso en una época en la que en Oriente la calidad de un ejército se medía sobre todo por el número de sus componentes, y en Grecia los ciudadanos habían empezado a considerar el servicio armado como algo indigno y pretendían defender sus personas y sus cosas con mercenarios.

Filipo dividió Macedonia en varias demarcaciones, que, en función del servicio militar obligatorio, debían proporcionar cada una de ellas una *ile* o escuadrón de caballería, una *táxis* o unidad de infantería pesada, donde servían los hoplitas que se costeaban su armamento y los mercenarios, y una *chiliarchía* integrada por la infantería media de los combatientes sin lanza y la infantería ligera de macedonios y mercenarios.

Además contaba el rey con tropas auxiliares de prestaciones especiales, como los honderos, obtenidas de los aliados o empleadas a sueldo.

4. La intervención de Macedonia en la Guerra Sagrada

Un importante conflicto surgido en la Grecia central da pie a Filipo para intervenir en los asuntos griegos y para sacar de ello una importante ventaja: es la que se conoce como la Tercera Guerra Sagrada por la implicación principal del oráculo délfico.

El santuario de Delfos estaba incardinado en la pequeña región de la Fócide, pero lo gobernaba un consejo de doce etnias griegas llamadas Anfictíones, cuyos representantes se reunían

presididos por los tesalios. En esa ocasión los Anfictíones encontraron a los focidios culpables de sacrilegio al haber utilizado para el cultivo tierras que correspondían al santuario, y les exigieron el pago de una fuerte multa so pena de ver la totalidad de su territorio consagrada a Apolo Pitio. El general focidio Filomelo tomó entonces el santuario, quedando a su merced las enormes riquezas que atesoraba; por su parte, para llevar la contraria a Beocia, que había sido artífice de la condena, Atenas y Esparta ayudaron económicamente a los focidios, con todo lo cual formaron éstos un gran ejército de mercenarios. Declarada la Guerra Sagrada en el 356, comienza con una invasión de la Lócride por parte de los focidios, con victorias sobre locrios y tesalios, pero muere Filomelo en un ataque de los beocios a la Fócide. Su sucesor, Onomarco, reunió el mayor ejército de mercenarios que llegó a tener Grecia y obtuvo avances importantes, hasta el extremo de poner sitio a Queronea.

La entrada de Filipo en el conflicto, que sólo podía ser del lado tesalio y tebano, en contra de los atenienses, se produjo cuando los tesalios de Larisa lo llamaron para ayudar a resolver sus luchas intestinas, en las que se implicó gustoso Onomarco, obligando a Filipo en un primer momento a una deshonrosa retirada. Pero en el 352 Filipo volvió a Tesalia, asedió Feras, conquistó el puerto de Págasas y derrotó brillantemente a los focidios de Onomarco, quien pereció en la lucha. Tesalia quedó a su merced, pero, no pudiendo cruzar las Termópilas, debido al contingente de tropas enemigas allí reunido, regresó a Macedonia.

Entre esta primera parte de la Guerra Sagrada y su fase de conclusión, Filipo, en posesión ya de una flota, hizo nuevos movimientos contra los ilirios y los tracios, y por el Epiro, para fortalecer su posición, lo que no podía resultar sino en perjuicio de los atenienses, que tenían cada vez más difícil su comercio con las regiones del Mar Negro. A ello se sumó el ataque de Filipo contra la liga calcidia, su antigua amiga, utilizando un pretexto baladí. Y en vano pidió Olinto la ayuda de los atenienses, porque vio caer una tras otra en manos de Macadonia a las ciudades calcídicas, para sucumbir ella misma en el 348, con las construcciones arrasadas y la población aniquilada, esclavizada o diseminada.

Siguieron entre tanto enzarzados en la guerra los focidios y los beocios, intentando en el 346 implicar de nuevo a Atenas y Esparta y a Filipo, respectivamente, lo que no tuvo consecuencias, a no ser el agotamiento y la búsqueda de una solución

diplomática de todos los conflictos, por iniciativa de Atenas. Es la que se conoce como la Paz de Filócrates, por el nombre de quien presidiera la embajada que acudió a Pela a negociar con Filipo. Después de un prolongado tira y afloja en el que Filipo hizo valer su posición de fuerza sin dejar de ser formalmente considerado con sus enemigos, se llegó a aprobar por las dos partes un texto por el que se reconocía el *status quo* y se garantizaba la libertad de navegación, con una condena expresa de los actos de piratería. Después de jurar la paz en la ciudad de Feras, Filipo cruzó las Termópilas y rindió a los focidios con la ayuda de beocios y tesalios. Reunido de nuevo el consejo de los Anfictiones, se decidió un castigo ejemplar para los focidios, que quedaban excluidos del consejo, sustituyendo Macedonia a la Fócide en calidad de anfictión.

5. Los griegos frente a Filipo de Macedonia

Los atenienses estuvieron siempre divididos ante Filipo, como lo estuvieron sus principales oradores. Bastaba con seguir el principio que equiparaba la monarquía a la tiranía para estar en su contra; y bastaba con ver la libertad de las *póleis* como la libertad de destruirse mutuamente para ver en él a un agente conciliador.

El gran orador Isócrates veía en Macedonia la salvación de Grecia, porque los más acomodados ya no encontraban el modo de soportar las cargas económicas de la guerra y se veían empobrecer, lo que amenazaba la supervivencia de los desheredados, que en definitiva vivían de ellos. En cambio, en Demóstenes primaba la angustia de ver a su ciudad perder la libertad, por lo que era incapaz de reconocer los méritos de Filipo y la imposibilidad de las ciudades griegas para mantener su independencia. Demóstenes quiere preservar la democracia a ultranza y a cualquier precio. Otro gran orador, Esquines, está obsesionado por la paz.

Desde muy pronto conduce Demóstenes la oposición frente a Filipo. Aunque haya sido reconocido como el primer orador de su tiempo, carecía de carisma personal, tenía un natural enfermizo y una dicción débil y ceceante, pero también una tenacidad que logró superar esos obstáculos. Entregado como Pericles al servicio de su patria, que era su vida, no escatimó esfuerzos ni riesgos personales en lo que fue una guerra abierta contra Filipo: el intentar continuamente convencer a sus compatriotas y a todos

los griegos de que debían parar los pies, combatir hasta el límite, a ese hombre astuto que acabaría tragándose una a una a las ciudades griegas como un racimo de uvas.

Pero la causa de Filipo había encontrado un defensor en la persona del orador Esquines, la antítesis de Demóstenes, de buena presencia, de buena voz y de ademanes teatrales, que ignoraban el recurso a la mordacidad y a la burla cruel tan característico de Demóstenes. Se entendía bien con los macedonios y se ufanaba de ser el huésped de Filipo, aprovechando los fracasos de la política propugnada por su oponente para defender todo lo defendible de su defendido. Y es que Demóstenes se cegaba al considerar a Filipo como el enemigo de los atenienses, que quería lograr su destrucción; se cegaba hasta el punto de recomendar contra él una alianza con el rey persa. No sabía reconocer al macedonio como a alguien que aspiraba a la dirección política de Grecia, pero que veía en Atenas su fundamento cultural y que habría cooperado gustoso con quienes a diferencia de él poseían una gran flota y tenían una sólida experiencia con el mar.

Demóstenes predicó abiertamente la guerra contra Filipo en la tercera de sus *Filípicas*, uno de los discursos más apasionados que jamás se hayan escrito, y consiguió la dirección de la política ateniense para formar con otros estados griegos una coalición, que contaba con la ayuda económica del rey persa. Declararon en efecto la guerra a Filipo y le arrancaron una victoria naval, pero al final venció él en Queronea, como veremos más adelante, y los atenienses, como todos los griegos, pudieron comprobar que el vencedor no era tal cual lo había pintado Demóstenes, que a ellos precisamente les devolvía la libertad y la autonomía.

6. La conquista de Grecia y las consecuencias de la batalla de Queronea

Las actuaciones de Filipo al final de la Guerra Sagrada habían exasperado a sus enemigos políticos atenienses, quienes lograron entonces crear un clima de máxima animosidad frente a él. Se había jurado la paz, pero la desconfianza de los unos y el objetivo real del macedonio hacían preparar la guerra. La primera jugada importante de Filipo fue la intromisión en Tesalia, expulsando a los tiranos y creando unos consejos de ciudades y unas magistraturas tetrárquicas, para hacer finalmente de sí mismo arconte

vitalicio de la liga tesalia, lo que significa que la gobernaba en la práctica, con el consiguiente incremento de su poder en el consejo de los Anfictiones. Pero su intensa actividad diplomática le llevó también a establecer alianzas con estados del Peloponeso e incluso un pacto de amistad con el rey persa, mientras empleaba el brazo militar por el norte y por el Epiro para mantener su posición de fuerza.

Atenas y Corinto tenían que sentirse atenazadas, pero en realidad Atenas se deshacía en debates internos, porque, cuanto más se revelaban los objetivos de Filipo y más claro parecía que habría de salirse con la suya, más necesario se hacía el debatir los inconvenientes y las ventajas de la situación. Se decidió un aumento de la *eisphorá*, la contribución, para construir en el puerto de Zea unos nuevos astilleros que reemplazaran los antiguos del Pireo y con ello poder mejorar una flota que contaba por entonces con trescientas trirremes.Y Demóstenes en persona desarrolló una gran actividad diplomática, gracias a la cual ganó para el bando de la resistencia a algunas ciudades que habían pactado anteriormente con Filipo y otras nuevas por todo el ámbito de la Hélade. A punto estuvo de romperse la paz cuando los atenienses enviaron una flota al Quersoneso, atacando una ciudad aliada de Filipo y una parte del territorio bajo su dependencia. Pero el gran éxito de Demóstenes, que le valió la recompensa de una corona de oro por parte de la asamblea ateniense, fue el acuerdo en el 340 de una *koiné eiréne*, una paz común entre Atenas, Corinto, Mégara, Eubea, Ambracia, Acarnania, Acaya, Corcira y Léucade, por la que se comprometían a la creación de un ejército de coalición con Atenas a la cabeza. El *casus belli* fue el apresamiento por parte de Filipo en el Bósforo de unos barcos de carga escoltados por trirremes atenienses.

Bajo la dirección de Demóstenes, como se ha dicho, se iniciaron en Atenas los preparativos, con una dedicación exhaustiva de los recursos públicos al equipamiento militar, y una contribución especialmente onerosa para los trescientos ciudadanos más ricos. Y se consiguió, en efecto, con la ayuda también de Persia, que Filipo levantara el asedio al que tenía sometida a Bizancio. La flota ateniense había conseguido una victoria, pero Filipo podía buscar, como lo hizo, la batalla terrestre, donde resultaría superior.

Ocurrió que en el consejo de los Anfictiones, instigados probablemente por Filipo, los locrios de Anfisa recriminaron a Atenas el haber hecho una ofrenda inadecuada al dios, a lo que los

atenienses replicaron acusando a los locrios de haber cultivado la llanura de Crisa, que era de Apolo. Se declaró la guerra sagrada a Anfisa, y a Filipo, como era de esperar, general en jefe del ejército anfictiónico. Los movimientos militares de Filipo con su propio ejército y la activa diplomacia ateniense hicieron que Beocia se aliara con Atenas, lo que significaba la ruptura con Filipo, que se vio cortado el paso hacia Anfisa por las tropas enemigas. Pasó el invierno con retoques diplomáticos, que no consiguieron romper la neutralidad del Peloponeso. Luego empezó Filipo su ofensiva alternándola con sucesivas propuestas de paz que fueron rechazadas por Atenas y Tebas; hasta que en el 338 tuvo lugar el encuentro en Queronea, donde Filipo y su hijo Alejandro derrotaron definitivamente a sus oponentes.

A pesar del desastre de los atenienses y de que la «falange sagrada» de los tebanos quedó deshecha, no se persiguió a los vencidos ni hubo ensañamiento alguno. Filipo buscaba la reconciliación con Atenas, quizá porque no quería verla entregarse al rey persa, o tal vez porque creía poder capitalizar las voluntades que le eran allí favorables. El hecho es que le ofreció una paz tan generosa que le valió los honores de los atenienses para sí y para su hijo. Naturalmente los atenienses tenían que disolver lo que quedara de la liga naval y renunciar a sus posiciones de la costa tracia, pero conservaban las cleruquías de las islas y la soberanía sobre Delos. No tendrían guarnición macedonia y podrían seguir utilizando sus puertos. Oficialmente eran libres e independientes. En cambio, los tebanos eran humillados con la presencia de las tropas macedonias y serían administrados por un consejo de partidarios de Filipo. Y, por supuesto, se disolvía la liga beocia, haciendo a las ciudades autónomas, y se arrebataban a Tebas los votos anfictiónicos.

Otra consecuencia de la batalla de Queronea fue que Filipo pudo emprender al fin uno de sus grandes objetivos: combatir al rey persa, considerándolo como el enemigo inveterado de todos los griegos, de los que no sólo él, el rey macedonio, formaba parte con toda propiedad sino que iba camino de convertirse en cabeza rectora. Esta vez se le sometieron también todos los estados del Peloponeso, una vez atravesado el Istmo, con la excepción de Esparta, que pagó su orgullo viendo reducido su territorio a una Laconia devastada y distribuidas las demás regiones entre sus vecinos. Luego reunió Filipo a todos los griegos independientes en un gran congreso en Corinto, donde se proclamó

solemnemente la *koiné eiréne*, la paz general, y se creó una confederación de todos los griegos con una hegemonía personal del monarca , que llevaba el título de *strategós autokrátor*, es decir, de general plenipotenciario. Las condiciones de la paz eran de autonomía e independencia formal en términos generales, pero estaban dirigidas sobre todo al mantenimiento del *status quo*: no se podían modificar las constituciones ni las fronteras y se quedaban las guarniciones macedonias donde se habían establecido, como en Tebas y en Corinto.Todos podrían navegar libremente y deberían resolver sus disputas por procedimientos pacíficos. Se creaba en fin un consejo supervisor de esta paz, con una participación de cada estado proporcional a su contribución militar. Esta creación política, que en realidad implicaba el fin de la *pólis* como organismo político autónomo y soberano, estaba llamada a superar una serie de crisis graves, hasta la misma conquista romana.

En Persia Artajerjes había sido asesinado, y reinaba Darío III. Con un primer objetivo inmediato de liberar a las ciudades jonias del yugo persa, Filipo envió una expedición de diez mil hombres, a la que tenía intención de sumarse con un ejército mayor, pero fue asesinado en las bodas de su hija. A pesar de su juventud, su hijo Alejandro reaccionó con rapidez, consiguiendo eliminar a una serie de pretendientes al trono supuestamente implicados en la supuesta conjura. Tenía el camino libre para su obra.

II. ALEJANDRO MAGNO Y EL IMPERIO UNIVERSAL

1. La sucesión de Filipo y los comienzos del reinado de Alejandro Magno

Alejandro Magno aparece en la Historia como una especie de superhombre, de una energía y un entusiasmo proverbiales y como dotado de una eterna juventud. Es un héroe novelesco, más atractivo y apasionante por haber sido su epopeya una historia real y verdadera. Aunque rodeado de virtudes, este personaje tenía también un natural desenfrenado y una violencia apasionada, heredados de su madre Olimpíade, que se entregaba con gusto al salvaje éxtasis religioso practicado por las mujeres del Epiro como por las tracias. Habría que preguntarse, sin embargo, si esa manera de ser no fue también el motor de la acción que seguía en él de modo inmediato al pensamiento.

Tenía Alejandro veinte años a la muerte de Filipo, y, como ya se ha dicho, logró fácil y hábilmente hacerse con la sucesión, pero pronto empezaron los problemas. La muerte del rey había suscitado en Grecia –en Atenas y Tebas sobre todo– deseos de sacudirse la hegemonía macedonia. El propio Demóstenes se vistió con ropas de fiesta para acudir a la asamblea a manifestar su júbilo, en la idea de que el sucesor resultaría un joven más bien débil e inexperto. Pero Alejandro invadió Beocia cuando nadie lo esperaba, y los atenienses imploraron su perdón. A continuación convocó en Corinto a los embajadores de la confederación helénica para hacerles confirmar su hegemonía personal, a lo que respondieron todos, salvo, como de costumbre, los espartanos.

También en Iliria y en Tracia la muerte del rey hizo soplar vientos de sedición, pero Alejandro llevó contra ellos una expedición con la que alcanzó el Danubio, lo cruzó y logró poner en fuga a las poblaciones no sometidas de la otra orilla, que le envia-

ron luego presentes de sumisión. Había preparado todo minuciosamente y se había revelado como un gran estratega –por sí mismo, ya que su excelente general Parmenión se encontraba a la sazón en Asia Menor.

Pero de nuevo iban las cosas mal en Grecia. Falsos rumores sobre una supuesta derrota y unas graves heridas del rey habían puesto otra vez a Demóstenes en acción, con el resultado de que los tebanos habían proclamado su independencia y asediaban a la guarnición macedonia, mientras por todas partes se manifestaba la sedición, con el propio Darío actuando entre bastidores. Y Alejandro volvió a aparecer de repente ante los muros de Tebas, exigiendo, a cambio del perdón y de la renovación de la alianza, la entrega de los instigadores. Los tebanos llevaron adelante su orgullo y su provocación, con lo que el rey atacó Tebas, que sufrió un durísimo castigo, no sólo por parte de las tropas macedonias sino también de los griegos que se habían sentido comprometidos por la sublevación y se ensañaban ahora contra la prepotencia tebana. La ciudad desapareció para siempre; los supervivientes fueron ejecutados hasta en los templos, o bien vendidos como esclavos.

Y una vez más Atenas, que había sido la instigadora, se salvó y fue tratada con deferencia, renunciando incluso Alejandro a que le fuera entregado Demóstenes. Volvió el rey a Grecia para hacer sus preparativos contra el persa.

2. Las campañas de Asia Menor y la conquista de Egipto

Alejandro atravesó el Helesponto en el 334 para no regresar. Llevaba sólo treinta y cinco mil hombres y se proponía atacar un reino cincuenta veces mayor que el suyo y veinte veces más poblado: desde el Helesponto hasta la India y desde el mar de Aral hasta las cataratas del Nilo. Las poblaciones más diversas en razas, lenguas y costumbres se asentaban en los territorios más diversos, con fríos insoportables y calores agobiantes.

Pero los griegos eran superiores. Las tropas del persa podían llegar a ser muy numerosas, pero había que darles lugar para que actuaran por aplastamiento, y las tropas macedonias podían impedirlo debido a su cohesión táctica. La geografía, no los hombres ni las armas, eran el verdadero enemigo de los invasores. Por eso el persa esperaba tranquilo en su palacio de Babilonia.

La superioridad naval de los persas podía resultar inconveniente, si enfilaban hacia Grecia y fomentaban allí una vez más la rebelión. Por ello se apoderó Alejandro de todas las costas persas del Mediterráneo, produciendo un bloqueo terrestre de los barcos enemigos que evitaría una batalla naval y prácticamente cualquier movimiento importante de la flota. Alejandro había tenido en esta primera jugada el apoyo logístico de las tropas enviadas antes por Filipo, pero también le favoreció la falta de reacción de la escuadra persa, que no supo cortarle a tiempo el paso. La audacia y la rapidez del joven rey empezaban a prestarle los mejores servicios frente a un enemigo que parecía creer no tener nada que temer.

Los persas contaban con un buen general griego, Memnón, que aconsejaba dilatar la espera del combate para que los griegos se adentraran bien en el continente y tuvieran problemas de intendencia en unas regiones previamente devastadas. Sin embargo, los sátrapas rechazaron el plan, porque esa destrucción mermaría sus ingresos, y el retroceso de sus tropas hería su orgullo. Así fue como decidieron esperar a los griegos junto al río Gránico, en Frigia, donde fueron derrotados con muy pocas pérdidas de parte de los vencedores. Alejandro tenía ahora a su merced todo el occidente de Asia Menor, es decir, las zonas colonizadas por los griegos, de las que hizo una ocupación cuidada y minuciosa. Las ciudades tenían que recibir bien el librarse del tributo de los persas y el poder recuperar sus leyes y su autonomía, pero Alejandro debía infundirles la suficiente confianza para que no se debilitara su moral y para que el miedo no les hiciera colaborar con los persas en cualquier maniobra contra él una vez que se hubiera adentrado en el continente.

Los persas habían perdido a su general Memnón, lo que era un daño irreparable para ellos. Alejandro pasó el invierno del 334-333 en Gordion, la antigua capital de Frigia, que se ha hecho famosa por la anécdota de los biógrafos del rey sobre un carro real que tenía el timón fijo por un complicado nudo, y del que había dicho un oráculo que quien deshiciera el nudo sería dueño de Asia. Alejandro lo habría cortado con su espada. Darío, por su parte, acumuló un enorne ejército, al que sumó incluso a los mercenarios griegos que tenía en las naves. Al llegar la primavera, y tras atravesar con sus tropas las llamadas Puertas Cilicias, se encontraron los dos ejércitos en una llanura próxima a Iso, un puerto situado en el extremo sureste de Asia Menor, donde la

línea costera adopta bruscamente la dirección sur hacia la región sirio-palestina. El encuentro, que ha sido inmortalizado en un conocido mosaico, fue un desastre desde el principio para los persas, que vieron a sus efectivos destruirse así mismos durante la desbandada. El choque de la caballería, en el que quiso participar el propio Alejandro, dio tiempo al persa para huir, pero en la persecución que se produjo después, la mujer de Darío, su madre, sus hijos y su harén cayeron en manos del macedonio.

Darío, que esta vez había sido vencido personalmente, solicitó a Alejandro la liberación de los rehenes y ofreció un tratado de paz, que fue rechazado con orgullo y recordando la antigua expedición de Jerjes. Alejandro quería ver a Darío como suplicante y no quería ser tratado por él como igual sino como el señor de Asia. Seis meses más tarde Darío ofrecía a Alejandro un rescate de diez mil talentos por su familia y la posibilidad de convertirse en su yerno, a lo que rehusó de nuevo el rey. El persa volvió a prepararse para la guerra.

Alejandro quería asegurarse bien las costas del Mediterráneo para evitar cualquier posible maniobra de tenaza con Grecia, y por ello se dirigió hacia Siria, donde Tiro le ofreció resistencia. La ciudad parecía inexpugnable, con unos muros que alcanzaban por algunos lugares los cincuenta metros de altura y situada en una península. Pero, tras un asedio de siete meses, Tiro fue tomada y arrasada; como en Tebas, la población murió o fue vendida. Acaso el tiempo y las energías que Alejandro dedicó a la conquista de Tiro tenían a largo plazo el objetivo de dirigirse también contra Cartago para adueñarse finalmente del Mediterráneo, pero valía la pena de todas formas el privar a los persas de su mejor puerto de operaciones y poder hacerse con una flota envidiable.

Después de la conquista de Siria, era natural que Alejandro se dirigiera a la conquista de Egipto. Fue fácil, porque los egipcios no estaban contentos con el yugo persa y de hecho pudo el rey llegar a hasta Menfis sin encontrar resistencia. Se presentaba como un libertador, que ofreció sacrificios a Apis. No sólo eso. Alejandro se adentró en el desierto hasta llegar al oasis de Siwa, donde se encontraba el templo de Ammón, el dios oracular asimilado por los griegos a Zeus. Allí los sacerdotes lo saludaron con el título de Hijo de Ammón, que era el que habría correspondido a un rey de Egipto, lo que sirvió de buena propaganda para Alejandro entre los griegos, que veían eso como una forma de divini-

zación; por Grecia corrió la noticia de que Alejandro había sido reconocido como hijo de Zeus.

En Egipto Alejandro fundó la ciudad de Alejandría que habría de heredar la importancia de la destruida Tiro como centro comercial del Mediterráneo oriental.

3. La conquista del imperio persa y la muerte de Alejandro

Esta vez Darío preparó un ejército de un millón de hombres, con quince elefantes y doscientos carros de combate provistos de hoces en los ejes para segarlo todo a su paso; y esperó a Alejandro en lo que le parecía un lugar favorable: en Gaugamela, más allá del Tigris, cerca de las ruinas de Nínive. Pero Alejandro seguía contando con su superioridad personal, con la excelente calidad de sus tropas y con un buen cuadro de mandos. No cayó en la trampa de intentar cruzar el río delante del enemigo, sino que, con su proverbial rapidez, enfiló hacia el norte, hasta llegar a un lugar en que pudo pasarlo cómodamente, y luego corrió al encuentro de Darío. Como en Iso, el rey persa emprendió la huida a la primera desbandada, mientras la caballería aguantaba el ataque. Pero los griegos consiguieron la victoria sin que la mayor parte de las tropas enemigas hubiera entrado siquiera en batalla.

Con su preparación, su táctica y su disciplina, el ejército de Alejandro parecía invencible. Así Babilonia se le entregó sin resistencia, brindando al joven rey un recibimiento triunfal. Y en Babilonia estaban los grandes tesoros del rey persa a disposición de Alejandro. Como hiciera en Egipto, ofreció sacrificios a los dioses locales, en este caso a Marduk, y, por vez primera, puso a un persa como gobernador de una ciudad sometida. De allí pasó a Susa, que también le abrió sus puertas y que atesoraba riquezas aun mayores, aunque no tan grandes como las de Persópolis, la tercera capital persa que también se le rendiría. En revancha por las pasadas fechorías de Jerjes, Alejandro hizo incendiar el palacio real de Persépolis, lo que debió de ser un gran golpe de efecto entre los griegos y entre los bárbaros.

Y al fin llegó a Ecbatana, la cuarta capital persa. Ya acosado y sin retirada posible, Darío fue asesinado por un sátrapa que consiguió suceder al rey con el nombre de Artajerjes. Ahora ya no hubo combate abierto sino una larga guerrilla contra un enemigo astuto, bien entrenado a su manera y enormemente escurridi-

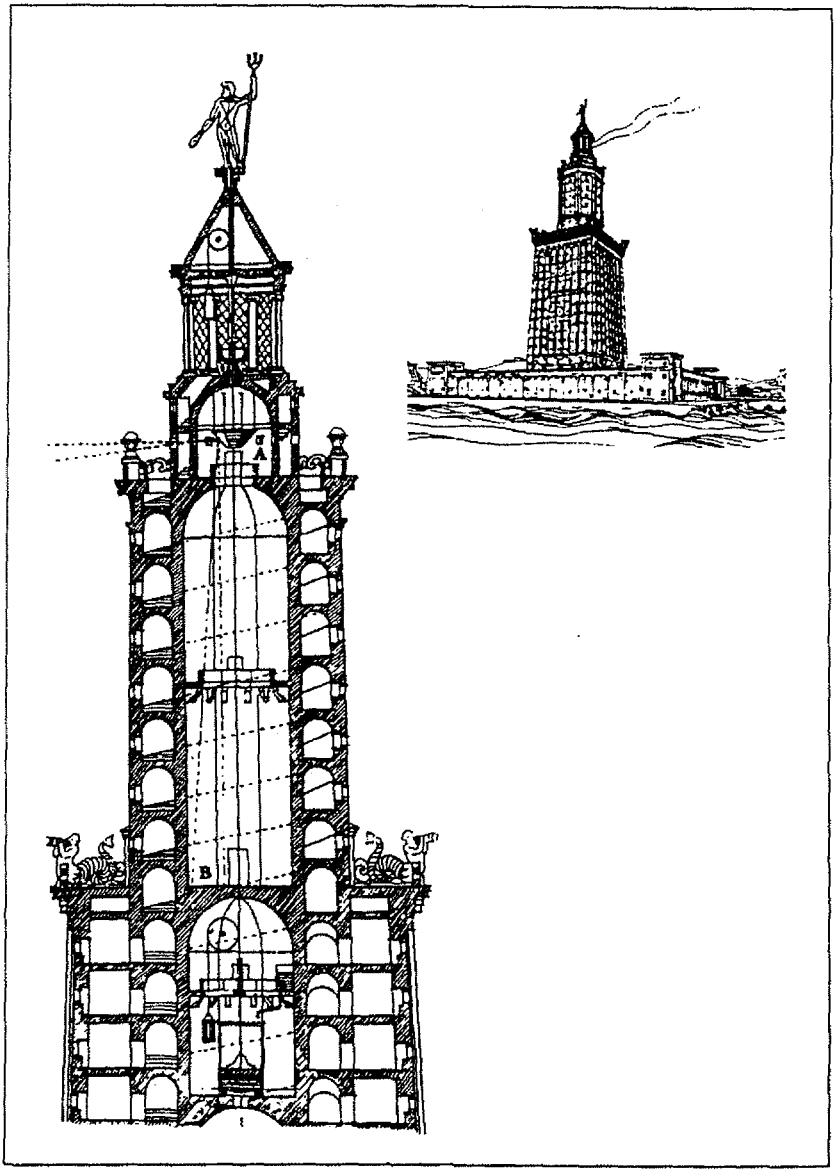


Figura 2. Reconstrucción (según Green) del famoso faro de Alejandría, una de las maravillas de la Antigüedad.
La torre contenía un ingenioso sistema óptico por medio del cual se podía observar el horizonte desde una plataforma situada 30 metros más abajo.

zo, lo que obligó a Alejandro a cambiar su táctica, a constituir secciones ligeras de infantería y caballería, integrando ya a los persas junto con los griegos en sus filas. Después de tres años pudo al fin ajusticiar a Artajerjes, condenado por alta traición.

En el 327 posigue la conquista de Asia con una expedición a la India, que era el lugar de procedencia de la mayor parte de los tesoros del rey persa. Creía Alejandro que al otro lado de ese país se encontraba el Océano, el límite oriental de la tierra habitada. Allí encontró al rey Poro, que había reunido un gran ejército con centenares de elefantes, en los que tenía puestas sus esperanzas, pensando que aterrarían a la caballería macedonia. Sin embargo, Poro había dispuesto una larga línea de batalla, en la idea de que los enemigos atacarían de frente, pero precisamente por ello éstos no lo hicieron así, sino que se lanzaron a los costados, consiguiendo sembrar el desorden y que los elefantes pisotearan a los soldados indios. Poro resultó muy herido, pero salvó la vida y fue muy bien tratado por Alejandro, que hizo de él su amigo.

Queriendo proseguir sus conquistas, Alejandro dio la orden de seguir adelante, pero entonces se produjo un motín; los soldados tenían la moral debilitada por dos meses de lluvias continuas, y consiguieron la orden de retirada para lo que habría de ser un regreso penoso a través de desiertos ardientes donde sufrieron al extremo de hambre y de sed. Pero primero y durante diez meses tuvo lugar el descenso del Indo, con la sumisión de todas las poblaciones del valle; una parte de las tropas bajaba en barco por el río, mientras los demás los acompañaban a pie por ambas orillas. También envió Alejandro a su almirante Nearco con algunas tropas para que explorara una ruta naval que uniera el Indo con el Tigris y con el Éufrates, lo que en efecto consiguió.

Después de tantas vicisitudes que Alejandro compartió sin privilegios con sus soldados, llegaron de regreso a Susa, donde el rey hubo de usar de una gran dureza con algunos sátrapas que, aprovechando la larga ausencia, se habían hecho prácticamente independientes. Luego, instaló a macedonios en muchas de las satrapías. Por el contrario, tomó la decisión de enviar a casa a la mayor parte de los soldados, después de haber formado un nuevo ejército con iranios a los que instruyó a la manera macedonia. Sus soldados se sintieron menospreciados y se amotinaron de nuevo, exigiendo ser enviados todos a sus casas. Entonces Alejandro se dirigió a ellos con una mezcla de cólera y amargura, recordándoles cuanto habían conseguido de su padre y de él y reprochándo-

les su ingratitud, hasta ponerlos en situación de que le imploraran su perdón. Lo hablaron entre ellos, lo hicieron y hubo reconciliación.

No mucho después se dirigió el rey a Babilonia, con el propósito de iniciar una expedición naval que bajaría por el Éufrates, bordearía la península arábica y entraría por el mar Rojo, conquistando puertos y creando colonias a su paso. Pero, cuando estaba a punto de salir, se contagió de unas fiebres y murió.

4. La obra de Alejandro Magno: política, administración y economía

Se puede dudar de que Alejandro haya soñado con un imperio universal, pero está claro que no quería limitarse a la conquista del Imperio Persa, como también que quería dar una organización a los territorios sometidos desde un punto de vista civilizador. Partiendo de la red de funcionarios que tenían los Aqueménidas, quería incorporar a griegos y a bárbaros conjuntamente en las tareas; y ello no sólo porque el número de los macedonios con que podía contar era pequeño en relación con la amplitud de los territorios, sino porque ellos conocían mal las costumbres y las lenguas de los asiáticos y egipcios. La cuestión es que Alejandro parece haber ido más allá en el sentido de haber querido reducir lo más posible las diferencias existentes entre las poblaciones de su Imperio y las desigualdades entre macedonios, griegos y bárbaros, aplicando una política de fusión que tendía a mezclar los numerosos pueblos que había heredado o conquistado él mismo.

El propio Alejandro estaba a la cabeza de la administración, con esa actividad sobrehumana con la que le había dotado la naturaleza, que se veía completada por una gran inteligencia y una enorme cultura. Tenía eso sí un grupo reducido de buenos colaboradores elegidos por él y de su total confianza: catorce «guardias de corps» para todo el reino, un archicanciller que llevaba la correspondencia y los archivos, un director de finanzas combinado con unos directores regionales que supervisaban la actuación de los sátrapas, y un quiliarca o comandante de la guardia. También la justicia tenía como cabeza suprema al rey, jefe del ejército; por lo demás, se habrían mantenido los sistemas preexistentes, con una posibilidad de apelación al soberano canalizada

por el archicanciller. En cuanto a las finanzas, no se conoce el volumen de los gastos del Imperio propiamente dichos, engrosados por las celebraciones ostentosas, por las prodigalidades de Alejandro y sus funcionarios y por las obras públicas; lo más costoso tal vez fuera el ejército, donde se procedió a una reorganización de la flota y que en cualquier caso necesitaba una renovación y un incremento constante de hombres y armamento. Los ingresos procedían de los dominios reales y de los territorios sometidos, en concepto en este caso de tributos y aduanas.

En cuanto a la administración regional, se conservó la satrapía con algunas innovaciones de personal y de poderes, aunque está claro que a lo largo del imperio existía una gran variedad. Si bien en las partes occidentales se estableció a macedonios como funcionarios, en Asia central se siguió con iranios, entre otras cosas como una vía para ganarse a la aristocracia indígena, salvo cuando la actitud de algunos sátrapas obligó a sustituirlos. Y también había comarcas en Asia Menor que quedaron como bolsas de indigenismo prácticamente al margen del Imperio.

Los poderes de los sátrapas se vieron reducidos, aunque sólo fuera por la pérdida del mando militar, confiado a macedonios o a griegos. Ya hemos dicho que tenían también supervisores financieros. En conjunto se trataba de una administración flexible, que pudiera mantener un control político y económico. En este sentido, el deseo de integrar a los bárbaros en ella se veía frenado en parte en lo relativo a los altos cargos, pero la red de pequeños funcionarios podía ser y fue establecida con asiáticos y egipcios, que conocían bien a las respectivas poblaciones y sus repectivas lenguas.

La expedición a Asia, en la que el rey, como buen discípulo de Aristóteles, fue acompañado de ingenieros, geógrafos y naturalistas, enriqueció los conocimientos de los occidentales sobre la flora, la fauna y los recursos mineros del Oriente. También hubo un interés por el conocimiento de nuevas rutas marítimas y fluviales y por el aumento y mejora de las terrestres, todo lo cual podía tener una finalidad política y económica, pero sin duda alguna tenía también una repercusión social y cultural. La temprana muerte del rey, que no le dio lugar para completar ni mucho menos sus ambiciones de expansión y aculturación del Oriente, no nos permite saber si habría hecho algo similar por el Occidente, si realmente albergaba la idea de un imperio universal.

La política monetaria de Alejandro es digna también de men-

ción: en lugar de atesorar grandes riquezas como los Aqueménidas –se jactaba de no tenerlas a título personal–, estimuló la circulación de la moneda, las piezas de oro con su efigie, que se movieron por Europa y por Asia; los alejandrinos acabaron desbancando a los daricos, que de ese modo dejaron de ser tesaurizados y salieron a la circulación, y desde luego a la moneda ática, todavía de curso legal.

5. La obra de Alejandro Magno: sociedad y cultura

Es posible que Alejandro, imbuido de una especie de mesianismo y convencido de estar llamado a realizar una gran misión, tuviera el sueño de formar un único pueblo con los griegos y los bárbaros, partiendo del precedente de anteriores contactos entre Grecia y el Oriente. Así se explicaría su propia adopción de los modos y costumbres orientales que llegaron a reprocharle sus allegados, su boda con la bactriana Roxana, las famosas bodas de Susa, en las que forzó a muchos griegos y macedonios a casarse con nobles persas, o el enrolamiento de trescientos mil jóvenes asiáticos a los que se les enseñaría la lengua griega y que serían armados y entrenados según la tradición macedonia.

La política de fusión explica la creación de unas treinta ciudades, que servían desde luego objetivos políticos y económicos. Tales ciudades recibieron instituciones helénicas –asambleas, consejos y magistraturas–, si bien dependían de un gobernador designado por el rey, así como del sátrapa de la región en las que se encontraban, además de albergar algunas de ellas guarniciones militares; es decir, que se administraban internamente como *póleis*, pero no tenían autonomía administrativa y carecían de vida política.También se distinguían de las ciudades antiguas por su composición étnica: una mezcla de griegos de baja extracción social con macedonios –tal vez destinados a los consejos y magistraturas– e indígenas. El resultado de esos contextos sociales debió de ser una cierta helenización de los bárbaros, pero también el trasvase a los griegos de muchos aspectos de la vida oriental.

En el campo de la vida intelectual, de la religión y de las artes, Alejandro no parece haber estado tan movido a la integración como en el social y económico. Sin embargo, el proceso que en este terreno había de llevarse a cabo durante la fase helenística

propiamente dicha, tiene ahora sus comienzos, porque la serie de contactos pacíficos que se produjeron entre los orientales y los griegos y macedonios conllevaron una influencia mutua, sobre todo de estos últimos sobre los primeros.

Alejandro no traicionó del todo la educación recibida de Aristóteles, en el sentido de considerar que existiera una diferencia radical entre los griegos, llamados a mandar, y los bárbaros, nacidos para obedecer y servir, porque, si no en ese aspecto, sí al menos en el terreno de las artes y de las letras veía una superioridad de la civilización helénica. Pero, aunque por esa razón hizo enseñar el griego a la alta sociedad asiática, reconocía la importancia que tenía para los macedonios el conocimiento de las lenguas iranias, precisamente para hacer más eficaz el contacto de las minorías dirigentes con las poblaciones.

Las conquistas se celebraban con festivales donde se representaban las tragedias griegas y se daban a conocer las viejas leyendas, algunas de ellas enraizadas en el Oriente. Y puede ser que los sabios que acompañaron a Alejandro se beneficiaran de los conocimientos acumulados por egipcios y caldeos.

En el terreno religioso, siempre más conservador, no hubo tiempo para una influencia importante. Lo que sí está claro es que Alejandro manifestó una gran deferencia hacia los dioses de los vencidos y hacia el personal religioso en general, siempre que no se hubiera opuesto a sus actuaciones, y ello quizá no sólo por razones prácticas sino llevado por la idea de que todos los dioses eran igualmente válidos y de que cada pueblo debía conservar los suyos, llegando a pensar, si juzgamos por sus propias muestras de piedad hacia los dioses extranjeros, que todos los dioses podían y debían ser de todos. Aunque, eso sí, con una preeminencia por su parte de los dioses helénicos.

Para los trabajos arquitectónicos llevados a cabo en Egipto, Caldea o Persia recurrió casi siempre a griegos, y lo mismo ocurría con otros profesionales de las artes; parece que veía en el arte griego el arte por excelencia.

6. Significado histórico de la obra de Alejandro Magno

Cuando murió, Alejandro dejaba una obra grandiosa, pero también frágil. El enorme imperio se componía de grandes regiones con una larga tradición de independencia, pero que no te-

nían medios para sacudirse el dominio, porque la administración central y local contaba con un armamento poderoso; pero ¿podría el sucesor de Alejandro conservar la unidad de ese conjunto donde ya se habían manifestado atisbos de insurrección? Si de verdad se hubiera producido, la fusión de culturas con la que parece haber soñado Alejandro, habría resuelto el problema, pero era muy poco el tiempo transcurrido para que esa fusión fuera algo más que un hecho superficial, y ni siquiera debía Alejandro de haberla planeado en todos sus aspectos.

La temprana muerte del soberano reveló muy pronto la inviabilidad de la unidad política, pero también que el gran número de macedonios y griegos presentes de un modo u otro en Oriente y el primer diseño de la política imperial fueron un germen suficiente para que en las generaciones sucesivas se produjera la helenización de esas regiones y la influencia sobre Grecia de su propia empresa aculturizante.

Siete años antes de la muerte de Alejandro, a raíz de la victoria de Gaugamela, pronunciaba Esquines en Atenas un discurso en el que ya manifestaba su estupor ante lo que habían podido llegar a ver los griegos en tan poco tiempo: cómo el rey de Persia, que había tendido un puente sobre el Helesponto, que les había exigido a ellos «la tierra y el agua» y que se había llamado a sí mismo señor de todos los hombres desde el Oriente hasta el Occidente, ya no luchaba para conquistar a otros pueblos sino para salvarse él mismo. De Alejandro se puede decir que no entabló una batalla sin ganarla ni asedió una ciudad sin conquistarla ni penetró en un país sin someterlo.

Sin especular sobre lo que hubiera podido hacer de no haber muerto tan joven, se puede considerar lo que hizo en los trece años de su reinado como una transformación de casi todo el mundo civilizado de su época. Porque no se contentó con someter un gran imperio sino que asumió la tarea de darle nuevas formas, de introducir cambios en todos sus elementos, creando nuevas fuentes de recursos, construyendo nuevas ciudades, favoreciendo la actividad económica, activando el comercio. Alejandro hizo posible el conocimiento del Oriente, con toda la amplitud de miras que habían desarrollado en él las enseñanzas de Aristóteles, lo que sirvió de utilidad para el propio Aristóteles y para otros sabios durante el tiempo en que se conservaron los archivos científicos de Babilonia, donde quedaron recogidos los resultados de todas las investigaciones realizadas. Debe recono-

cerse por tanto a las hazañas guerreras de Alejandro el mérito de haber contribuido a establecer las bases de una riquísima vida cultural.

La ruptura que supone la muerte de Alejandro, con la discontinuidad de actuación y problemática de los soberanos helenísticos que le suceden, inicia la controversia sobre su persona. Se reconoce su papel histórico de liberador y renovador, pero, en la mitología y el floklore de los pueblos del Oriente, la imagen de Alejandro, que encarna el poder extranjero de los griegos, se convierte pronto en la del rey conquistador, que incendia los libros sagrados de Persépolis, como si fuera un azote divino y una encarnación del mal. En el siglo II aparece en Alejandría la saga de Alejandro, como una mezcla de lo histórico y lo imaginario; tal vez un intento de contraponer una apariencia favorable a esa interpretación tan negativa. Así se difunde también por el Oriente el recuerdo de un Alejandro mítico e irreal, que es el que pasa a la literatura de la Edad Media.

III. EL MUNDO HELENÍSTICO

1. La sucesión de Alejandro y la división de su Imperio

Alejandro no dejó heredero. Poco después de su muerte nació Alejandro, el hijo de su esposa Roxana, pero antes ya de su nacimiento se había producido una gran pugna por la sucesión. Inicialmente los hombres fuertes eran Perdicas, primer oficial de caballería y fiel amigo del difunto, que le había dado su anillo en el lecho de muerte cuando ya no era capaz de hablar; Meleagro, el jefe más antiguo de la falange macedonia; Eumenes de Cardia, el secretario de Alejandro y el único griego, no macedonio, de origen; Seleuco, también un militar, jefe de un regimiento de guardias de choque; Antígono *Monóphthalmos* (El Tuerto), satrapa de Frigia; Antípatro, antiguo confidente de Filipo, que mantuvo su fidelidad a Alejandro; en fin, Ptolomeo, Lisímaco, Aristónoo, Peucestas y Casandro, hijo de Antípatro. La lucha por el poder entablada de inmediato por los llamados Diádocos (Sucesores) de Alejandro habría de prolongarse, con nuevas figuras, a lo largo de cincuenta años, hasta el 270 aproximadamente en que quedan consolidadas las monarquías antigónida, lágida y seléucida, con unas divisiones territoriales que sobrevivirían hasta la conquista romana. Se distinguen en ella varias etapas. Primero, tres años en los que Perdicas consigue mantener un compromiso entre los pretendientes para establecer una sucesión legítima conservando él mismo el poder. Su muerte abre un período de casi veinte años, en el que Antígono intenta por su parte hacerse con el control del Imperio, hasta que muere en el 301 en Ipso, donde se inicia la realidad de los dinastas independientes: Lisímaco para Tracia y Anatolia, Seleuco para Siria y Babilonia, y Ptolomeo para Egipto. Entonces aparece en escena Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono, que consigue mantenerse durante un tiempo en Gre-

cia y Macedonia, hasta que cae víctima de una coalición entre Lisímaco y el pretendiente Pirro, oriundo del Epiro. En realidad Lisímaco pretendía anexionarse Macedonia, pero no lo consiguió porque murió en la batalla de Corupedión luchando con Seleuco. Finalmente Macedonia consiguió un gobierno estable con Antígono Gonatas, hijo de Demetrio. Estas son las líneas generales del proceso, sobre el que ampliaremos algunos detalles.

A la muerte de Alejandro, Perdicas había propuesto esperar a que naciera el hijo de Roxana para hacerlo rey en el caso de que fuera varón, lo que sólo pudo lograr aceptando conjuntamente la propuesta de Meleagro, su rival militar, de reconocer también como sucesor a Filipo Arrideo, un bastardo subnormal de Filipo II. Así aparecieron las figuras regias del recién nacido Alejandro IV y el incapaz Filipo III, lo que presuponía la existencia de regentes del poder en unos términos no acordes en las fuentes, pero que en todo caso implicaban un mayor protagonismo de Perdicas en su calidad de *quiliarchos* («general en jefe»), sobre todo después del asesinato de Meleagro. Por su parte, Ptolomeo consiguió el gobierno de Egipto y los demás hombres fuertes se repartieron el resto del territorio, destacando por sus actuaciones sucesivas, además de Ptolomeo, Antígono Monóftalmo, que obtenía inicialmente el Asia Menor occidental, Lisímaco con Tracia, y Eumenes, enviado al sur de Asia Menor.

El asesinato de Perdicas, llevado a cabo por una coalición, conduce al acuerdo de Triparadiso del 320, por el cual se traslada la corte a Macedonia, quedando Antípatro como general de la parte europea del Imperio y como «guardián de los reyes», y Antígono, que había introducido a éste en la coalición, como general de Asia, mientras Ptolomeo seguía en Egipto. De hecho, parece que Antígono quería hacerse con el poder, pero la muerte de Antípatro, con el nombramiento por parte de éste del regente Poliperconte, se opuso a sus planes. Formó entonces una coalición, en la que tomaba parte Casandro, el hijo de Antípatro –haciéndose fuerte en Atenas la persona de Demetrio Falereo, el filósofo aristotélico–, pero que no logró convencer a los griegos, a pesar de haber lanzado Casandro una proclama que pretendía librar a las ciudades griegas de las oligarquías establecidas por Antípatro. En Macedonia, Olimpíade, la madre de Alejandro llamada del Epiro por Poliperconte, tramó la muerte de Filipo III y de su esposa, para sucumbir ella misma ajusticiada por Casandro, aunque por el momento se salvaba el heredero Alejandro IV.

Superada la crisis, el poder de Antígono siguió creciendo en Asia, hasta el extremo de expulsar a Seleuco de Babilonia, lo que provocó la reacción de Ptolomeo, Casandro y Lisímaco, y ésta aun más la arrogancia de Antígono, aliado con Poliperconte. El resultado fue una guerra de trece años con Casandro, que acabó con la derrota de éste en Gaza. Seleuco recuperaba Babilonia, y Ptolomeo y Antígono firmaron una paz en el 311 que representaba un freno a las aspiraciones de este último y cuyas estipulaciones no fueron respetadas por mucho tiempo. Lo importante de este acuerdo es que reconocía implícitamente la existencia de poderes independientes dentro del Imperio: Casandro como general en Europa hasta la mayoría de edad de Alejandro IV, Lisímaco como señor de Tracia, Ptolomeo de Egipto y Antígono de Asia. El asesinato de Alejandro IV y de Roxana llevado a cabo por Casandro dejaba poco después a éste en las mismas condiciones que los demás, al tiempo que sellaba la inviabilidad de la sucesión de Alejandro.

Los años siguientes conocen de nuevo la intriga y las luchas entre los dos grandes protagonistas, Antígono y Ptolomeo, que se autoproclaman, los dos, guardianes de la libertad de los griegos, y que sólo se alían temporalmente para enfrentar una coalición entre Casandro y Poliperconte. Parece ser que las ciudades griegas llamaron entonces a Ptolomeo, quien invadió el Peloponeso, estableciendo desde esa posición la paz con Casandro; éste, que se encontraba en el Epiro, no pudo impedir en todo caso que Demetrio Poliorcetes, el hijo de Antígono, expulsara de Atenas a su protegido Demetrio Falereo y estableciera allí una democracia. Poco después Demetrio vencía en Chipre al propio Ptolomeo, con una consecuencia importantísima, que recoge Plutarco en su vida de Demetrio. Antígono y Demetrio fueron saludados y coronados como reyes, lo que provocó que hicieran lo mismo en Egipto con Ptolomeo, y que Lisímaco y Seleuco llevaran diademas; sólo Casandro se habría comportado como antes, aunque se dirigieran a él también como rey.

Falló, sin embargo Demetrio en el asedio a Rodas –la ciudad amiga de Ptolomeo–, que le valió el título de *Poliorkétes* (Sitiador); se hizo famoso por las máquinas de guerra utilizadas y duró un año, al cabo del cual las partes firmaron la paz. Después de apoderarse del istmo de Corinto, Demetrió recreó la liga de ciudades griegas que habían constituido en otro tiempo Filipo y Alejandro, figurando ahora el padre y el hijo como líderes; por la epigrafía

conservada sabemos que se ejerció un control sobre los miembros hasta la ya mencionada batalla de Ipso, en la que murió Antígono y hubo de huir Demetrio.

Después de la muerte de Casandro, Demetrio consiguió el mando en Macedonia, pero luego fue expulsado por Lisímaco y Pirro en coalición, aunque la muerte de Lisímaco en Corupedión acabó con sus aspiraciones sobre Macedonia. Tras una fase de anarquía, se hizo con el poder el hijo de Demetrio, Antígono Gonatas después de vencer a los galos en Lisimaquia, logrando establecer así en Macedonia a la dinastía fundada por su abuelo.

2. La monarquía antigónida

Desde la proclamación de Antígono II Gonatas en el 277 hasta la batalla de Pidna en el 168, que significa el fin de la dinastía antigónida ante la conquista romana, se suceden en Macedonia Demetrio II, Antígono III Doson, Filipo V y Perseo. La dinastía se mostraba heredera de la tradicional monarquía macedónica, por lo que hubo de adecuarse a sus marcos tradicionales, que limitaban en alguna medida el autocratismo de los monarcas orientales. El rey tenía un consejo de amigos elegidos por él entre macedonios y extranjeros, según sus preferencias, y, al menos en tiempos de Filipo V, sabemos por Polibio que existían en la corte varios altos cargos de confianza, como el secretario de estado, el capitán de la guardia o el tesorero. Sin embargo, las fuentes con que contamos indican que el pueblo –probablemente ya poco identificado con el ejército y mucho más con una nobleza influyente– seguía teniendo un protagonismo en la designación del sucesor y en los juicios de alta traición, y que la lealtad de esa nobleza era cuestión importante para el rey. Formalmente algunos documentos recogen la mención de «los macedonios» sumada a la del propio rey, lo que sugiere que éste por sí no es representante total de la comunidad, y una vez nos encontramos con que honra al rey Filipo el «*koinón* de los macedonios», aunque seguramente aquí no tiene el término la misma entidad que cuando se refiere p.e. al pueblo de los molosos. Al lado de esto hay que admitir que los tratados macedonios aparecen por lo general suscritos sólo por el rey y que no contamos con ninguna inscripción que recoja un decreto de la asamblea macedonia. Cabe pensar, pues, que los antigónidas tenían unos poderes fácti-

cos similares a los de sus colegas orientales, aunque no descuidaran del todo el pulso de la nobleza y aunque el pueblo tuviera unos ciertos poderes residuales. De hecho no hubo asesinatos ni deposiciones, pero vemos que, cuando murió Demetrio II dejando como heredero a Filipo de tan sólo ocho años de edad, los macedonios eligieron a un primo de Demetrio, Antígono Doson primero como regente y después como rey, porque las circunstancias requerían a un hombre fuerte. El rey macedonio sigue siendo el jefe del ejército sobre todo y no aparece nunca como objeto de culto.

Durante el reinado de esta dinastía se produce un desarrollo urbanístico. Ya con anterioridad el escaso número de ciudades macedonias se había visto engrosado por la incorporación de las colonias griegas y por la fundación en el 316 por Casandro de Casandrea de Palene y Tesalónica, que abundaban en población griega, aunque todos los habitantes se sentían como ciudadanos macedonios. Estas ciudades eran controladas no sólo política sino administrativamente por el rey, que tenía poder de ingerencia sobre todas sus decisiones, ejercido directamente o a través de los gobernadores (*epistátai*) que establecía en ellas. Mencionemos *ex.gr.* una carta de Demetrio II dirigida a un funcionario suyo donde le ordena que actúe para que sean devueltos a los sacerdotes de Heracles algunos bienes del dios que habían pasado a engrosar el patrimonio de una ciudad. Sin embargo, esas ciudades tenían una autonomía y administraban sus recursos, contando para ello con los órganos pertinentes: sabemos que Casandrea tenía un consejo, y Tesalónica, consejo y asamblea; Filipos y Anfípolis también tenían asamblea. Al igual que las ciudades griegas, tenían su población dividida en tribus y en demos, y tenían arcontes, tesoreros etc...

La emigración que se produce hacia las nuevas ciudades del oriente en las décadas siguientes a la muerte de Alejandro, así como las guerras tan frecuentes, deben de haber influido negativamente en la prosperidad de Macedonia, a pesar de que las abundantes acuñaciones de buena calidad realizadas por Antígono Gonatas se hayan tomado como un indicio de una buena situación económica. En realidad sólo sabemos algo sobre los reinados de Filipo V y de Perseo. Sabemos que la idemnización de mil talentos que hubo de pagar el primero a raíz de la segunda guerra macedónica, el equipamiento militar y los dispendios ostentosos obligaron al rey a adoptar un conjunto de medidas

económicas: aumento de los impuestos sobre la agricultura, creación de impuestos sobre el comercio exterior, fomento de la explotación de las minas e intentos de aumentar la población con más nacimientos y con el traslado de tracios a Macedonia. También parece que se quiere estimular el comercio interno con la acuñación de monedas, ahora de cecas regionales. Da la impresión de que el desarrollo opera por las ciudades, de todas formas poco numerosas, mientras que el campo, al que pertenecía todavía la mayor parte de la población, no llegaba a alcanzar los índices de producción de Egipto y otras regiones. La mencionada indemnización de mil talentos impuesta a Filipo por los romanos contrasta en todo caso con los dieciocho mil que se impusieron al estado seléucida.

Una cuestión muy importante es la de las relaciones de Macedonia con las ciudades griegas, con menos conflictos bélicos que en el siglo cuarto, pero en el fondo no poco conflictivas. El caso es que Macedonia funcionaba como un baluarte para la protección de los griegos contra pueblos como los tracios o los ilirios siempre belicosos, y algunos de sus reyes cayeron o fueron heridos en esas escaramuzas. Pero, del mismo modo, los macedonios, que nunca tuvieron metas de expansión imperialista frente a Grecia, estuvieron siempre muy atentos a que no cayera bajo otras influencias o poderes, ya fuera el egipcio de Ptolomeo, ya el de Pirro del Epiro, y ello también por la propia seguridad del reino que habían constituido y que querían conservar sin merma. Ello significaba en definitiva mantener una hegemonía sobre Grecia, como la habían mantenido Filipo II y Alejandro Magno, lo que no dejaba de alimentar una resistencia en Grecia y llevaba a confrontaciones ideológicas constantes. Así el sentir de Polibio, quien responde a la acusación de un etolio pronunciada en Esparta en el 210, en el sentido de que Grecia debía su esclavitud a Macedonia, que Filipo, al penetrar en el Peloponeso y despojar a los espartanos de sus antiguas conquistas no había hecho otra cosa que sacar de la esclavitud a sus vecinos mesenios, megalopolitanos, tegeos y argivos, griegos todos ellos.

El control de los griegos se ejercía, en el terreno militar, mediante el establecimiento de guarniciones macedonias en puntos estratégicos como lo eran Corinto o Atenas, y, en el terreno político, mediante las ligas al modo de la establecida en Corinto por Filipo II, todo ello compatible con una declaración de libertad y de autonomía para los sometidos a hegemonía, que funcio-

naba como una proclama para captarlos y evitar que se aliaran con otros.

Una crisis importante es la llamada guerra Cremonídea, del 268, por el ateniense Cremónides. Cediendo a las maquinaciones del rey Ptolomeo, que al parecer sentía amenazada su propia hegemonía sobre las costas de Asia Menor y las islas del Egeo, Cremónides levantó contra Macedonia a Atenas y a Esparta en alianza, con un mal resultado para los griegos. Pero, poco después, el gobernador de Corinto se rebeló contra Antígono, que tardó muchos años en recuperar el control de la fortaleza, con el consiguiente debilitamiento de la posición de Macedonia frente a Grecia.

También se atribuye a Antígono Gonatas el haber establecido tiranías en el Peloponeso para apoyar su hegemonía, aunque luego los tiranos fueron vencidos por Arato e incorporadas sus ciudades a la Liga Aquea, que, junto con la Liga Etolia de la Grecia central, hizo frente a Demetrio II. Sin embargo, la aparición en Esparta de la figura de Cleómenes III, con sus reformas sociales y su política de expansión, asustaron a Arato y lo llevaron a aliarse con Antígono Doson, el sucesor de Demetrio; de modo que el Peloponeso se llenó otra vez de macedonios y Antígono recuperó Corinto. Se establecía así una nueva Liga o Alianza (*Symmachia*) entre Grecia y Macedonia que ya no abarcaba ciudades-estado sino confederaciones, es decir, donde los miembros eran los aqueos, los macedonios, los tesalios, los epirotas, los acarnienses, los beocios y los focidios. Tenía un consejo para tratar cuestiones de paz y de guerra, así como la admisión de los miembros, y tenía el inconveniente de que las decisiones debían ser refrendadas por los respectivos estados, lo que la hacía poco operativa. La realidad es que la Alianza tuvo iniciativas bélicas no muy felices, debidas a la ambición del rey Filipo V. Fueron contra la Liga Etolia, pero ésta se puso del lado de Roma en las guerras macedónicas, lo que llevó a los aqueos a acabar adoptando la misma posición, de modo que después de la derrota de Filipo en Cinoscéfalos Macedonia perdía todo control sobre Grecia. Con la tercera guerra macedónica el rey Perseo conoce el fin de la dinastía.

3. La monarquía lágida

Recibe su nombre de Lago, el padre del primero de los Ptolomeos –Ptolomeo Lágida–, fundador de la dinastía y que, como ya

se ha dicho, alcanzó el poder en el momento del reparto de provincias que se hizo en Babilonia a la muerte de Alejandro. A partir de entonces se mantendría en Egipto, impidiendo implícitamente toda posibilidad de reunificación del Imperio de Alejandro, entre otras cosas porque no parece haber ambicionado él mismo el ser la cabeza de tan reunificación.

La política exterior de Ptolomeo I podría interpretarse como expansionista, pero no en el sentido de que pretendiera ampliar progresivamente las fronteras de sus dominios, aunque las motivaciones de sus movimientos no están del todo claras. Es probable que pretendiera tan solo asegurarse el respeto de Siria y Macedonia –es decir, que fuera una política defensiva, tal cual la entiende Polibio–, así como el abastecimiento de ciertos productos de los que carecía Egipto. A raíz del acuerdo de Triparadiso había ocupado la Celesiria, aunque hubo de ceder la parte septentrional a Eumenes y luego el resto a Antígono. A consecuencia de la batalla de Ipso recuperó de nuevo la meridional, pero el caso es que la Celesiria fue uno de los motivos de las guerras que tuvieron lugar entre los Seléucidas y los Ptolomeos durante el siglo tercero, y al fin quedó en manos de Antíoco III en el 200 después de la batalla de Panio.

También la ocupación de Chipre tenía importancia frente a Siria. La llevó a cabo enseguida, y, aunque durante unos años, después de Ipso, estuvo en poder de Demetrio, a partir del 294 ya fue de Egipto. Polibio nos informa de que Ptolomeo se hizo con algunos puntos de la costa de Asia Menor, poniéndose asimismo a la cabeza de la Liga de las ciudades insulares del Egeo, fundada por Antígono; más importante aun fue la alianza con Rodas, tanto más estable cuanto que el gran puerto mediterráneo se beneficiaba enormemente del comercio con Egipto. Cabe pensar que los verdaderos temores de Ptolomeo estuvieran dirigidos hacia Siria, y sólo hacia Macedonia en momentos en los que ésta hubiera aspirado a la expansión por Asia Menor, porque los intentos de control de Grecia por parte de Macedonia, a los que nos hemos referido más arriba, no llegaron muy lejos, y la ingerencia de Ptolomeo en los asuntos griegos fue en conjunto muy limitada.

El aspecto económico de esta política puede entenderse considerando que el equipamiento del ejército y de la flota, esenciales para la seguridad del estado, requería metales y madera en abundancia, lo que no había en Egipto. Además, había que obtener otras cosas a las que estaban acostumbrados los macedonios,

como los caballos, la lana, la púrpura, los vinos o los mármoles.

De todas formas, los fuertes gastos militares no se podían financiar a partir del exterior sino que fue necesario implantar un sistema económico absolutamente dirigista y con un control férreo de la producción, que conocemos bastante bien, gracias al hallazgo de una serie de papiros, para la época de Ptolomeo II Filadelfo, pero que podría haberse implantado ya en el primero de los reinados. Bien entendido, la finalidad de esta política no era la de aumentar la producción sino la de obtener los mayores ingresos fiscales posibles, lo que implicaba la existencia de una burocracia abundante y eficaz.

El principal funcionario era el ministro de las finanzas, el *dioiketés* de Alejandría, cuyo poder fue *in crescendo*. Por las numerosas cartas conservadas en papiro conocemos a Apolonio, que ejerció desde el 260 hasta el 246, y a Zenón, agente suyo en una gran propiedad situada en El Fayum que le había concedido Ptolomeo. Los impuestos eran cobrados por los *oikonómoi*, a quienes se exhortaba no sólo a tener el ojo atento para que no quedara una sola cabeza de ganado sin tributar, sino también a prestar oídos a las quejas de los campesinos, los *fellahin*, contra otros funcionarios y a procurar que no se desanimaran y huyeran si se veían en apuros para saldar sus deudas fiscales. Los cuarenta nomos en que se organizaba el país estaban subdivididos en *tópoi* (lugares) y éstos en *kómai* (aldeas), figurando al frente de cada tipo de demarcación, respectivamente, nomarcas, toparcas y comarcas. Este sistema fue aprovechado por los Ptolomeos aplicando los mencionados funcionarios fiscales, así como un aparato de control militar a base de tropas y de *strategoí* (generales).

La totalidad de la tierra egipcia se consideraba como propiedad personal de Ptolomeo, que tenía sobre ella un derecho de conquista, pero estaba sometida a formas de explotación diversas. Así, sólo una parte se denominaba propiamente «tierra del rey» (*basiliké chóra*), la cual era cultivada por *laoí basilikoí* o «campesinos del rey», contratados por períodos de tiempo más o menos largos. Se les daba la semilla, que habían de devolver con la cosecha, y el utillaje de labranza, y se les ordenaba lo que debían plantar. Entre el débito de semilla y los numerosos impuestos tenían que entregar más de la mitad del producto obtenido, lo que, en el caso del trigo, se hacía una vez trillado bajo la vigilancia de los funcionarios del rey.

En segundo lugar estaba la *hierá chóra*, la gran cantidad de tie-

rra en posesión de los templos, cultivada por esclavos sagrados, teóricamente propiedad de la divinidad a quien estuviera consagrado el templo, pero en la práctica libres. Aunque Ptolomeo no confiscó las tierras que tenían los templos, sí se vio reflejado en ellas su propio derecho de conquista, porque esas tierras estaban registradas, tenían sus cultivos controlados y sus rentas fiscalizadas. El rey recibía una renta, aunque luego hubiera contribuciones de éste a los templos, y, en cualquier caso, se consideraba con derecho a establecer la finalidad de los gastos; sabemos, p.e., que en el 259 se transfirió al culto póstumo de Arsínoe, la esposa de Ptolomeo Filadelfo, la totalidad de lo obtenido por el impuesto del sexto de los viñedos y los huertos, que antes recaudaban los templos. De todas formas, en fases de debilidad de la monarquía fue necesario restablecer algunos de los privilegios de los sacerdotes para contar con su apoyo.

Los reyes también constituían lotes de tierras en condición de *doreá* (regalo), que cedían a sus funcionarios más importantes para que les sacaran beneficio. Conocemos bien el tipo gracias a la correspondencia entre Apolonio, el *dioiketés* de Ptolomeo II Filadelfo, y su agente Zenón; se trataba de una finca de casi dos mil ochocientas hectáreas, cultivada modélicamente a pleno rendimiento. Estas *doreaí* se contaban en la práctica entre las propiedades privadas, que debían de existir, por otra parte, con dimensiones muy variadas, tanto como residuo de la época pretolemaica como por adquisición durante la misma. Tales propiedades privadas, fuera cual fuera su origen, estaban igualmente sujetas al pago de impuestos y al control de la siembra.

Estaban, en fin, las tierras de los *klerúchoi*, parcelas de una y media a ventiocho hectáreas, que eran entrégadas a hombres, normalmente de origen extranjero, con el doble deber de cultivarlas y de acudir a filas cuando fueran llamados –un sistema bastante más barato que la contratación de mercenarios. Mientras servían en el ejército, los clerucos arrendaban sus parcelas a otros cultivadores, lo que solían hacer de forma permanente si eran demasiado grandes para trabajarlas ellos solos, pues ni que decir tiene que se veían obligados a cultivarlas plenamente so pena de serles revocadas. Tenían que pagar una serie de impuestos, aunque estaban libres de participación en los trabajos de mantenimiento del sistema de irrigación. Ya hemos dicho que la concesión era revocable y originariamente personal, aunque a mediados del siglo tercero se documenta la transmisión a los des-

cendientes; también sabemos, por el contrario, que a finales del siglo segundo empezaron a ser asentados egipcios como clerucos, desalojando incluso a los griegos de las fincas más grandes.

Dos aspectos cabe destacar aún del llamado mercantilismo de estado de los Ptolomeos: las disposiciones monetarias y los monopolios. Gracias a una carta escrita por un tal Demetrio, a todas luces responsable de la ceca de Alejandría, a nuestro conocido Apolonio, sabemos que Ptolomeo II impidió la circulación de moneda extranjera en el reino, obligando a todos los mercaderes que fueran a tierras egipcias a entregarla para que les fuera cambiada por moneda ptolemaica, lo mismo que harían después los atálidas de Pérgamo.

La producción de aceites varios estaba estrictamente controlada, desde la plantación hasta la manufactura en factorías del estado y luego la venta al por menor a precios fijos, lo que no impedía que existiera contrabando y elaboración clandestina. Otros monopolios estatales eran las minas, las canteras y las salinas. Por otra parte, el control ejercido sobre la producción de lino, papiro y cerveza se acercaba al de un monopolio, como también las licencias para pescadores, apicultores y muchos comerciantes.

Lejos de buscar el bienestar de los súbditos o el perfeccionamiento de las explotaciones, el sistema ptolemaico tenía como mira que nada dejara de ser cultivado o explotado y que todo, absolutamente todo, estuviera sujeto al control burocrático con vistas al máximo rendimiento fiscal. El resultado en cada caso era un difícil equilibrio entre las posibilidades del trabajador de cambiar de puesto o simplemente de huir, su capacidad de lloriquear al recaudador y la capacidad de éste de tirar de la cuerda.

La sociedad del Egipto lágida era peculiar. Los egipcios seguían siendo la fuerza de trabajo, aunque se había superpuesto a ellos una clase dirigente greco–macedónica y una buena cantidad de clerucos que vivían diseminados por los campos. No se fomentó la creación de ciudades, de modo que sólo existían la antigua factoría comercial de Naucratis, que se mantenía como algo aislado y especial, en función del comercio egipcio con el mundo griego; Ptolemaida, única fundación de los reyes helenísticos; y desde luego Alejandría, centro cultural y administrativo, muy cosmopolita, con su concentración de mercenarios de diversas procedencias, del que en vano se quería mantener alejados a los nativos

¿Cómo convivían los egipcios y los griegos? Los egipcios conservaron sus leyes y administración de justicia, pero hubo que

crear naturalmente jueces especiales para las controversias producidas entre unos y otros, y hay legislación que afecta a ambos. Contamos con testimonios de quejas de egipcios que se consideran peor tratados por el hecho de serlo, incluso entre los sacerdotes, el sector nativo mejor considerado. Pero, en general, aunque también sabemos de lo difícil de hacer trabajar juntos a egipcios y extranjeros, no conocemos hechos graves de enfrentamiento entre las etnias. Y tampoco parecen haberse mezclado las poblaciones, aunque hubo algún matrimonio mixto con los griegos más pobres, y algún que otro personaje con nombre egipcio, que, en razón de una promoción social, adoptó un nombre griego.

En cualquier caso, a finales del siglo tercero cambia la situación con el enrolamiento en el ejército de egipcios, motivado por problemas financieros, que desemboca en una promoción de éstos, combinada con un aumento del poder de los sacerdotes. En conjunto de trata de una reactivación del nacionalismo egipcio en el marco de graves dificultades económicas, que lleva a la independencia del Alto Egipto en el 207 y al desarrollo del bandolerismo por el Bajo Egipto y por el Delta. Pero la tendencia más marcada es la de la egiptización de la propia clase dirigente griega, incluido el rey, que se manifiesta en algunos aspectos religiosos. En realidad la última fase de la historia de Egipto previa a la conquista romana muestra una situación de anarquía , con una falta de control de los reyes sobre sus funcionarios y sobre los sacerdotes, un aumento de la corrupción y, en general, una decadencia.

4. La monarquía seléucida

El territorio de la monarquía seléucida no sólo llegó a tener una descomunal extensión y una enorme complejidad étnica, ausentes de los reinos de Egipto o Macedonia, sino que, por ello mismo, sus fronteras sufrieron a lo largo de su historia grandes fluctuaciones. En la época de Seleuco I y Antíoco I se sumaron a los amplísimos dominios orientales el Asia Menor, Mesopotamia y casi toda Siria, pero en el siglo tercero, con el poder creciente del pueblo de los partos, se perdió todo lo que quedaba al oriente de la línea que une el mar Caspio con el golfo Pérsico, hasta quedar reducido el antiguo Imperio, después de la muerte de Antíoco

VII, a una región del norte de Siria. Las dificultades de gobernar ese Imperio, integrado por áreas con una historia y una cultura tan disímiles, ya las había visto el propio Seleuco, quien, no mucho después de Ipso, hizo corregente, con poderes y dignidad de rey, de las satrapías situadas al este del Eúfrates, con capital en Seleucia del Tigris, a su hijo Antíoco, habido de su esposa Apame, una bactriana cuyo padre había alcanzado el carácter de héroe nacional por su resistencia frente a Alejandro. La Bactria se mantiene en efecto integrada durante el reinado de Antíoco I y de Antíoco II, pero se convierte en reino independiente durante el de Seleuco II. De hecho este reinado constituye una fase de debilidad para el Imperio porque el hermano de Seleuco II, Antíoco Hiérax, aliándose con el pueblo de los gálatas, se apodera del Asia Menor, y también crece el reino de Pérgamo con Atalo I, vencedor de los gálatas. Una cierta recuperación supone para la dinastía seléucida la figura de Antíoco III, apodado el Grande, cuyas campañas orientales en los últimos años del siglo tercero devuelven a los seléucidas el control de la Media; también se apodera Antíoco III de Celesiria, pero pierde la mayor parte de Asia Menor. Después, el Imperio seléucida languidece hasta su total sumisión a Roma.

La iniciativa de Seleuco de crear dos centros de poder en el Imperio es el único intento de seguir las ideas de Alejandro sobre el gobierno del Oriente, sobre todo teniendo en cuenta las raíces de su hijo Antíoco y el hecho de que él mismo permaneció casado con su esposa bactriana. Luego ya, con los monarcas únicos, el centro de gravedad se desplaza inevitablemente hacia el occidente, como lo indica la situación de los dos centros administrativos, Sardes del Hermo en Asia Menor y Seleucia del Tigris, y de la capital a la que éstos complementaban, Antioquía del Orontes en Siria. Aquí estaba el corazón del Imperio y aquí los últimos territorios que conservó el reino seléucida. Por lo demás, la existencia de una amplia burocracia y la creación de numerosas ciudades de un carácter militar fueron los dos instrumentos utilizados en el gobierno del Imperio. En cuanto a los elementos humanos, la élite de amigos del rey, en la que éste se apoyaba, era totalmente grecomacedonia, de modo que los persas se vieron excluidos de la participación en el poder; y asimismo fueron inmigrantes los asentados en las colonias.

El derecho de conquista que aplicaban los seléucidas al ejercicio del poder político sobre los territorios sometidos tenía igual-

mente una dimensión patrimonial: en teoría todas las tierras eran del rey y él podía hacer con ellas lo que quisiera. El resultado era en la práctica una variedad de formas de explotación con todas las posibilidades de ingerencia por parte del rey. Como en Egipto, existía aquí un gran cantidad de *basiliké chóra*, de tierras formalmente llamadas «del rey», con las que éste hacía lotes para entregar a otros y que eran trabajadas por *laoí basilikoí*, por «campesinos del rey», que vivían en aldeas y sobre cuya condición existe controversia, así como la posibilidad de que las escasas fuentes en nuestro haber nos proporcionen información aplicable tan sólo a situaciones determinadas en el tiempo y en el espacio.

Entre los documentos más importantes que se refieren a los *laoí*, el primero, hallado en Sardes, corresponde a una concesión realizada todavía por Antígono a un tal Mnesímaco. Se trata de cinco aldeas, varias parcelas (*klêroi*, «lotes»), una finca y varios huertos. Tal y como aparece, el documento podría recoger los pagos que tendría que hacer al rey el beneficiario a través de los quiliarcas de las distintas jurisdicciones en las que caía la concesión, siendo él entonces el encargado de obtener esas cantidades, junto con lo que se quedara él mismo como beneficio personal, de los arrendatarios de los *kleroi* y de los *laoí* de las aldeas; o bien los *laoí* seguirían dependiendo totalmente del rey y pagarían directamente a los quiliarcas, con lo cual la concesión a Mnesímaco significaría tan sólo que era él y no el rey el beneficiario de las rentas obtenidas.

Unas cartas de Antíoco I al gobernador de la Frigia helespóntica documentan la existencia de campesinos del rey que seguían viviendo en sus aldeas, una vez que éstas habían sido cedidas a particulares en reconocimiento por sus servicios, pero no permiten conocer cómo se ejercía la dependencia de los labriegos.

Otra inscripción se refiere a la venta de una gran extensión de tierra real a Laódice por parte de su esposo Antíoco II, probablemente como arreglo de divorcio. En este caso los *laoí* iban unidos a la aldea en la transacción, incluso si hubieran cambiado de residencia, lo que no era ilícito, pero tampoco eliminaba las obligaciones contraidas con el lugar de origen; es decir que Laódice no sólo percibiría las rentas sino que los campesinos entraban bajo su dependencia. Además se permite a Laódice unir su propiedad a la ciudad que quiera, lo que significa la posibilidad de acogerse a alguna inmunidad fiscal.

El caso es que los cultivadores de las tierras del rey, estuvieran

o no cedidas a otros beneficiarios, debían pagar un impuesto, el *phóros*, que era una cantidad fija por aldea, lo que no excluye la posible existencia de inmunidades o de impuestos proporcionales al producto obtenido.También estaban obligados a prestaciones de carácter personal. En principio, cabe pensar que el régimen general haya estado sometido a modificaciones puntuales, por evolución, por concesiones reales o por la existencia de antecedentes o situaciones peculiares.

Los templos tenían asimismo propiedades con *laoí*, algunas antiguas, que habían conservado por voluntad del rey, y otras como resultado de donaciones de particulares o de nuevas concesiones reales. Así tenemos una carta de uno de los Antíocos en la que se asigna a un templo una aldea que antes había pertenecido a un particular, no sabemos si por iniciativa nueva o porque fuera originariamente del templo y ahora se le devolviera. Por otro documento se ve cómo el rey cambia de lugar un templo, actuando como si el solar y las tierras del santuario fueran de su entera propiedad.

El reino seléucida contaba con tropas macedonias, que probablemente tenían asignadas tierras en las colonias llamadas *katoikíai*, muy semejantes a las aldeas como formas de hábitat y como unidades administrativas. A diferencia de las fundadas por Alejandro, estas colonias contaban con militares en activo, de modo que en tiempo de paz, además de cultivar las tierras, constituían guarniciones permanentes dispuestas a defender el territorio, y en tiempo de guerra funcionaban como una reserva de efectivos. Había también *katoikíai* civiles, con indígenas que podían ser alistados en caso de necesidad, pero sólo las habitadas por macedonios eran susceptibles de convertirse en ciudades.

Las nuevas ciudades griegas del reino seléucida se extendían por todo el ámbito del Imperio, incluida Bactria y Sogdiana. Priene, en la costa de Asia Menor, que se volvió a fundar en el 350, es un ejemplo del esquema ortogonal, adaptado a las peculiaridades del terreno, que caracteriza a estas fundaciones, cuyos aspectos urbanísticos bien desarrollados proporcionaban unas comodidades que no tenían las aldeas o las *katoikíai*. Por una inscripción de Pérgamo sabemos de los deberes de los funcionarios llamados *astynómoi*, para la garantía de los servicios públicos y de las multas que se imponían a los infractores. Además de las ciudades más importantes, como Antioquía en Siria o Seleucia en el Tigris, conocemos una enorme serie por todo el reino que repiten los

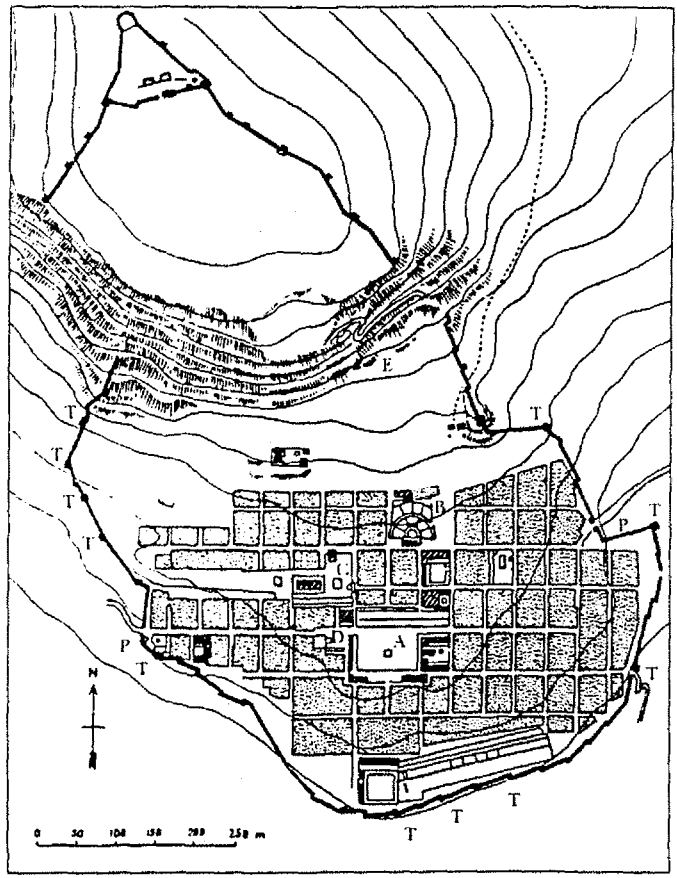


Figura 3. Priene. Planta simplificada de una ciudad helenística. (P. puertas; T. torres; A. ágora; B. teatro; C. templos; D. calle principal; E. colina-acrópolis).

Pequeña ciudad mercado, de unos cuatro mil habitantes, que constituye un buen ejemplo de una reconstrucción de la época de Alejandro, con una excelente conservación.

Las murallas de esta ciudad minorasiática son típicas de la ciencia militar helenística, siguiendo las posiciones de fácil defensa e incluyendo un área no habitada y una colina rocosa a modo de acrópolis. La ciudad estaba cimentada sobre la roca y construida en gran parte de sillería. Así eran en todo caso las murallas y las torres, situadas fuera del recinto. Las calles son perpendiculares entre sí, con una doble de ancha en dirección este-oeste, que va por el norte del ágora. Lo esencial del esquema es la igualdad de las manzanas, divididas en cuatro casas con paredes comunes, y algunas en ocho.

nombres dinásticos –Alejandrías, Seleucias, Antioquías etc...–, distinguéndose unas de otras tan sólo por el río o la región a que se adscriben. Por su origen y desarrollo diferían mucho entre sí: algunas eran ciudades de nueva fundación como Seleucia del Tigris, pero ya hemos dicho que las había griegas refundadas como Priene, y había ciudades indígenas totalmente helenizadas.

En general, estas ciudades tenían la misma organización que las de Grecia: un territorio dividido en demos, una población de ciudadanos distribuida en tribus, un centro urbano –normalmente amurallado–, un código de leyes y unos órganos de gobierno, a saber, asamblea, consejo y magistrados. Entre ellas se comportaban como unidades independientes y autónomas, pero estaban totalmente sometidas a la autoridad del rey, que podía alterar o suprimir el tributo debido, imponerles o no guarniciones o gobernadores reales, interferir en la administración de justicia y, en fin, cursar instrucciones sobre cualquier aspecto relacionado con el territorio, la población o las leyes.

5. La realeza helenística y sus bases políticas

En sus fases primitivas los griegos habían tenido monarquías del tipo de las reflejadas en los poemas homéricos, monarquías patriarcales, pero el desarrollo de la *pólis*, característico de la Grecia clásica, había venido a excluirlas, a no ser en una forma residual y adaptada al nuevo sistema, como era el caso de Esparta. Sólo quedaban en zonas marginales a la Hélade como Macedonia o el Epiro, o bien en las claramente bárbaras como Tracia. Para los griegos de época clásica la realeza, identificada con la tiranía y con la falta de libertad, era una institución típica del Oriente, y «el Rey», el rey persa.

Con Filipo tuvieron de nuevo los griegos la monarquía como una realidad próxima, y de ahí el posicionamiento que adoptan ante ella, al que nos hemos referido más arriba, siempre en el terreno de la controversia. Como también dijimos, el rey macedonio dependía de una nobleza para su elección y tampoco tenía poderes para juzgar los casos de alta traición.

Con Alejandro la institución se complica. Por un lado vemos que en sus filas se produce la sedición de las tropas y que la reacción del rey es la de harengar y conciliar a los soldados, lo que se corresponde con la tendencia de sus sucesores a consultar a los

ejércitos; por otro lado, Alejandro aprovecha la situación de campaña para mostrarse autoritario y cede en Egipto a una forma de cuasidivinización. Pero el caso es que, al forjarse los reinos, lo que se establece no es la monarquía macedonia, porque ésta no ofrecía bases para sacralizar la figura del rey ni para el autoritarismo, y tampoco estaba allí la nobleza macedonia como posible soporte de lealtad. Las monarquías helenísticas se diversifican un tanto en razón de la población que someten, de sus antecedentes culturales y de sus formas de predisposición a la obediencia; de ahí las diferencias entre la monarquía egipcia y la seléucida, o la atálida de Pérgamo.

Al margen de esas diferencias tenemos en general en los reyes helenísticos unos poderes personales semejantes a los de los tiranos griegos, basados exclusivamente en el derecho de conquista o en la herencia, sin plantearse en un principio cuestiones de legitimidad. Con el tiempo, haya divinización o no, se acentúan los signos externos que marcan la excelencia del rey, como son la diadema y el ritual; se desarrolla la idea de que los poderes fácticos de la realeza tienen una base de legitimidad distinta de su simple capacidad de conservarlos por la fuerza.

Característico de los soberanos helenísticos es el contar con un grupo de Amigos, personas de cualquier rango o procedencia, cuya capacidad de ayuda valoraba el rey y que eran ampliamente compensados por su lealtad y cooperación. De este grupo informal, en el que se contaban expertos varios y hasta filósofos, médicos o artistas, elegía el rey su consejo permanente de asesores, pero también los mandos del ejército, los altos funcionarios o los embajadores. Los Amigos tienen un protagonismo, una personalidad reconocida en documentos como una inscripción honorífica dedicada a Antíoco por una ciudad, donde se saluda al rey, a la reina, a sus hijos, a sus amigos y al ejército.

El afianzamiento del principio dinástico corrió parejo con el desarrollo de la noción de legitimidad, que llevó a una institucionalización de los Amigos, organizados ahora en una estructura jerárquica, cuyas competencias y poderes se definían recíprocamente, siempre con una vinculación directa y estrecha a la persona del rey, fuente de todos los honores. Conocemos para Egipto los nombres de esos grupos especializados: Parientes, Primeros Amigos, Seguidores etc... Y sabemos que esos personajes, que seguían siendo hombres de valía y, por lo tanto, de alta cotización, podían pasar de unas cortes a otras, en puestos cada vez más

elevados, en función de una ley de oferta y demanda que regía también entre los mercenarios o entre los miembros de las colonias y que confiere a la sociedad helenística esa movilidad que la caracteriza.

6. La vida de las ciudades helenísticas

Ya hemos dicho que todas las ciudades helenísticas se administraban internamente por medio de los órganos tradicionales de la *pólis* –las asambleas, los consejos y las magistraturas–, con tantas diferencias de detalle entre estas instituciones como ya existían en la época clásica, y que esas ciudades tenían también sus propias leyes, igualmente diferentes. Los grandes cambios de la época helenística se refieren más bien a las relaciones externas entre las ciudades y los reyes, entre las ciudades entre sí o entre los individuos de unas ciudades y de otras, todo lo cual da lugar al desarrollo de instituciones peculiares. Esas instituciones recortaban en cierto modo la autonomía, pero la autonomía de las ciudades helenísticas ya no descansaba en una soberanía sino que en último término venía a depender siempre de la voluntad del rey en cuya órbita se encontraran, porque no había ciudad que pudiera enfrentarse a los recursos militares y económicos de los monarcas.

Esa realidad de la debilidad de las ciudades dio lugar a que el proteccionismo de los reyes no se viera como algo humillante sino como un valor digno de alabanza y reconocimiento, y a que ese talante fuera imitado por ciudadanos ricos que se ganaban los honores y el aprecio de sus respectivas ciudades costeando algunas de sus necesidades, ya fuera trigo con ocasión de una hambruna, obras públicas o simplemente una embajada de las que eran tan frecuentes. El llamado evergetismo de esos benefactores émulos de los reyes ha quedado plasmado en las inscripciones honoríficas.

Algunas ciudades que se veían despobladas concedieron su ciudadanía a quienes quisieran asentarse en ellas, como es el caso de Larisa, en Tesalia, animada por Filipo V a que acogiera a nuevos ciudadanos, o el de la ciudad de Dime, en Acaya, que otorgó la ciudadanía a cincuenta y dos soldados quizá mercenarios. No por despoblamiento sino por otras razones prácticas, que podían ser comerciales, acordaban a veces dos ciudades la *isopoliteía*, en

virtud de la cual el que se trasladaba a vivir de una a la otra adquiría la correspondiente ciudadanía; la concesión podía afectar a individuos concretos o a toda la comunidad, como fue el caso de Temno y Pérgamo. En fin, este acercamiento de las ciudades entre sí podía llevar a una *sympoliteía*, por la cual dos o más comunidades próximas, demasiado pequeñas para mantenerse por sí mismas, decidían compartir todo lo público con los mismos derechos y participar conjuntamente en la asamblea, en la elección de magistrados y en la administración de justicia.

Otro problema a resolver era el de los individuos que se encontraban en una ciudad que no era la suya en calidad de visitantes o de residentes temporales. En ocasiones se acordaba el que compartieran algunos derechos con los ciudadanos, como el de pagar los mismos impuestos, el de acceder a los tribunales de justicia, el de importar y exportar, etc., pero para esas situaciones había surgido con carácter general la institución de la *proxenía*, por la cual un ciudadano prominente de una ciudad recibía de otra en calidad de honor el deber de proteger a los ciudadanos de ésta mientras estuvieran en la suya. Con el tiempo la *proxenía*, que era hereditaria, tiende a convertirse en una concesión honorífica como reconocimiento a servicios prestados, unida a veces a otros honores y posiblemente un tanto disociada de su primitiva función.

Los ciudadanos de una ciudad tenían derecho a vengar una injuria recibida por un miembro de otra en la persona de cualquiera de sus ciudadanos. Para resolver los problemas de violencia que generaba esta arcaica legitimación de la venganza, surgió la *asylía*, un privilegio de asilo e inviolabilidad –que ilegitimaba la venganza– concedido primero a los templos, que luego se hace extensivo al territorio de ciudades, con el pretexto de una epifanía divina o de un oráculo por el que un dios manifestara su deseo en ese sentido. Conocemos, entre otras, la petición para Esmirna patrocinada por Seleuco II, que escribió a reyes y ciudades invitándolos a reconocer la inviolabilidad del templo de Afrodita y de la ciudad entera. Suponemos que en algunos casos la petición de *asylía* estaba motivada por la necesidad de protegerse contra la piratería, que podía actuar impunemente en nombre de una supuesta *sýle* («venganza»).

La peor calamidad que amenazaba, en fin, a las ciudades era la de las guerras en que podían enredarse unas con otras por motivos concretos, entre los cuales el más común era el de la dis-

puta por los terrenos fronterizos. En la época helenística es raro que tales diferencias acaben en un conflicto armado, entre otras cosas porque no lo habrían consentido los reyes. La epigrafía muestra con cuánta frecuencia se recurría al arbitraje por parte de una tercera ciudad o de uno de los reyes. Así un litigio entre Corinto y Epidauro por un promontorio fue resuelto por el juicio de Mégara, otro miembro de la Liga Aquea. Famoso es por su duración el contencioso entre Mesenia y Esparta por un territorio: en el año 140 los milesios formaron un tribunal de seiscientos jueces, cuyo arbitraje, a pesar de las garantías de insobornabilidad que ofrecía el número, no logró acabar con el conflicto.

7. Las ligas durante el helenismo

Muchos griegos no vivían en *póleis* sino en una forma de organización distinta, llamada *koinón* («comunidad», «liga») o bien *éthnos* («pueblo»), de tipo federal, que tenía siempre un centro religioso. En la época helenística se potenció el principio federalista por la impotencia que sentían las ciudades frente a las grandes monarquías, de modo que muchas de ellas se agruparon, con una tendencia a confiar el poder a un solo hombre, llegando así a constituir una forma intermedia entre la ciudad y la monarquía. La liga tenía un mayor protagonismo que cada una de las ciudades por separado y también facilitaba la resolución de los conflictos entre ciudades.

Hay tres tipos de ligas o estados federales: las creadas por un rey y/o lideradas por él, las nacidas de comunidades cantonales y las formadas por ciudades. El ejemplo más claro del primer tipo es Tesalia, donde se creó una liga de la que fueron jefes vitalicios los monarcas macedonios, desde Filipo II hasta que Filipo V perdió el territorio frente a los romanos. El caso del Epiro también entraría aquí. Sus tres linajes –molosos, peonios y tesprotios– habían constituido un *koinón* que reconocía como rey al de los molosos, aunque podían destronarlo; luego, con Pirro se constituyó una monarquía autocrática, y después una república federal. Mencionamos en fin las ligas creadas por Antígono I: la liga de las Ciudades Jonias, reposición de la antigua; la de las Ciudades Eolias con Ilión a la cabeza, y la liga de las Islas, con centro en Delos. Estas últimas ligas no eran propiamente estados federales, porque ni tenían asamblea ni poderes militares o judiciales; ser-

vían en realidad para que Antígono pudiera controlar mejor las respectivas ciudades, y su principal cometido era el de organizar sus festivales y honrar al rey.

Etolia es un caso de liga surgida de la unión federal de cantones de diversos pueblos, aunque hubo otras en el norte de Grecia. Se formó probablemente por influencia de Epaminondas y tenía como unidades, además de alguna ciudad, una especie de distritos de población rural organizados en torno a aldeas o colinas. El poder político correspondía a una asamblea civil de la que formaban parte todos los etolios libres y que se reunía dos veces al año, al comienzo y al término de la temporada de campaña. Sus competencias se referían sobre todo a la guerra y a la paz, porque las ciudades tenían su autonomía y sus respectivos cuerpos de ciudadanos. A la cabeza del *koinón* de los etolios había un general en jefe de mandato anual, al que acompañaban un jefe de la caballería, un secretario, un organizador de los juegos y una serie de encargados de finanzas. Entre asamblea y asamblea los asuntos urgentes los decidía un consejo formado por representantes de los miembros de la liga en proporción a la aportación militar.

Las ciudades que se agregaban entraban en *sympoliteía* con las demás, salvo que estuvieran alejadas, en cuyo caso se constituían en aliadas, y la relación era de *isopoliteia*. En el 220 la *sympoliteía* etolia iba por Grecia de mar a mar, comprendiendo una extensión muy considerable, mientras que su *isopoliteía* incluía islas y territorios alejados. Pero ese desarrollo fue en detrimento de su democracia, porque, al no ser ya viable la reunión de la asamblea, el consejo creó un pequeño comité permanente, que era quien gobernaba el *koinón*, salvo en lo relativo al derecho de guerra y paz.

Arcadia y Beocia son los casos típicos de ligas con la unión de ciudades como base. Tenían instituciones federales y, además, cada ciudad las suyas propias, con bastantes diferencias entre sí. La liga Arcadia duró hasta que sus ciudades entraron en la liga Aquea, que había existido inicialmente con doce miembros, pero se había deshecho durante las guerras de los Epígonos. Su reorganización efectiva tuvo lugar en el 255, en que llegó a tener un sólo general en lugar de dos. Se trataba de una *sympoliteía*, en la que ingresaban siempre los nuevos miembros con la ciudad como unidad. Dentro de la liga, las ciudades tenían autonomía hasta el extremo de acuñar moneda, y seguían con sus propios ciudada-

nos, sus constituciones y sus tribunales. Lo que correspodía a la liga era toda la política exterior, el ejército y las cuestiones relacionadas con la propia liga.

El general presidente de la liga tenía un mandato bienal reelegible; había además un secretario, un tesorero y un almirante, así como diez demiurgos, que formaban un cuerpo de gobierno con el general. También tenía una asamblea, cuyas funciones y composición no conocemos bien. Parece que se reunía cuatro veces al año en sesiones llamadas *sýnodoi*, a las que acudían el consejo, abierto a los mayores de treinta años, y los magistrados. Pero resulta que, en el siglo segundo, las cuestiones de guerra o de alianzas eran tratadas por una asamblea especial, donde probablemente se votaba por ciudades. De todas formas, parece que en la práctica la liga era gobernada por miembros de unas cuantas familias de unas pocas ciudades, lo que constituía un factor de debilidad porque hacía que se resintiera la lealtad de los miembros. Prueba de esa debilidad es el hecho de que Arato, como ya se dijo, tuviera que llamar de nuevo a los macedonios para hacer resistencia a Cleómenes de Esparta.

Con todos sus defectos, el federalismo griego constituye un desarrollo peculiar muy interesante para el historiador como forma de adaptación de las comunidades griegas a unas nuevas realidades, y siempre cabe preguntarse hasta dónde se habría llegado por ese camino de no haberse producido tan pronto la conquista romana.

8. Aspectos sociales y económicos

En este terreno el mundo helenístico se muestra más bien heterogéneo. Ya hemos visto que la mezcla poblacional era diferente según los reinos, porque, si bien la implantación grecomacedonia constituía una constante, la diversidad de la población indígena llevaba a resultados muy varios –por no hablar de la peculiaridad de Grecia. Como auténtico denominador común tenemos que en todas partes se vivía básicamente del producto de la tierra. Por lo demás, ésta era en su mayor parte, como ya se ha dicho, propiedad de los reyes y trabajada por campesinos dependientes, que vivían en aldeas, con diferencias en su situación según los casos y las regiones. Pero, además de en Grecia, en esas vastas extensiones de los reinos se encontraban las ciudades, que

habían adoptado el modelo de la ciudad–estado, con sus ciudadanos propietarios de parcelas, con sus esclavos públicos y privados, y con sus residentes, sin derechos políticos, pero más o menos integrados en la vida social y económica. Ya sabemos que las ciudades eran casi todas ellas dependientes de los reyes, y, salvo que hubieran sido declaradas inmunes, estaban obligadas al pago de tributos regulares, así como a ciertas contribuciones extraordinarias que les eran requeridas, destinadas a cubrir gastos de guerras o de festivales. A veces esas cargas resultaban muy onerosas, pero también podían apelar al evergetismo de los ricos para cubrirlas, y los propios reyes, por contrapartida, manifestaban su evergetismo con donaciones y contribuciones a obras públicas.

Aunque en la época helenística se registran algunas mejoras, como el uso del tornillo de Arquímedes para el riego, de nuevas prensas de vino y aceite, de nuevas semillas –los papiros registran la introducción de un nuevo trigo que proporcionaba una doble cosecha–, o como la mejora de los canales de irrigación y drenaje, sobre la que hay noticias para algunos lugares, no se puede hablar sin embargo de un aumento significativo de la producción: básicamente se sigue produciendo lo mismo y de la misma manera. La existencia de gentes sin recursos en las ciudades y la aglomeración que llegó a producirse en algunas de ellas hacía que escaseara de vez en cuando el trigo, lo que se paliaba con repartos gratuitos debidos a los reyes o a ciudadanos benefactores, aunque las ciudades tomaban en ocasiones medidas para anticiparse al problema. Conocemos el caso de Samos, en el siglo segundo, que compraba anualmente trigo para distribuir con los intereses de un capital constituido a ese fin y dado en préstamo.

Tampoco la industria o el comercio registran una transformación cualitativa. Como había ocurrido con anterioridad, algunas ciudades lograron vivir sobre todo del comercio. Es ahora el caso de Rodas, beneficiada por su amistad con los Ptolomeos, que parecía tener controlados sus problemas sociales. Estrabón se sorprende de que, sin tener un gobierno democrático, fueran los pobres mantenidos por los ricos, gracias a las liturgias que proporcionaban provisiones, lo que tenía la ventaja de poder contar con hombres útiles en la medida en que se requerían para la flota. Pero el caso es que ni el comercio terrestre ni el marítimo habían mejorado sus medios, y este último debía afrontar un mal que se hizo endémico: la piratería. En algunos lugares como Creta había hombres que se contrataban indistintamente como mer-

cenarios y como piratas; estos últimos formaban fletes que atacaban a las naves de carga, o bien los puntos de la costa donde había fácil botín, y se llevaban mercancías y seres humanos, por los que se pedía un rescate o que eran vendidos como esclavos.

Las ciudades que tenían una producción característica, como Sidón con sus cristales, Tiro con sus tintes o Tarso con su lino, parecen haber seguido haciéndolo todo de la misma manera; podemos pensar en un incremento por aumento de la demanda, pero no hay testimonios sobre formas de producción masiva. Como en la agricultura, las unidades de producción siguen siendo pequeñas. Sencillamente, el gran excedente de riqueza acumulado por los reyes y por algunos particulares no se invertía en el aumento de la productividad sino en las guerras y en la ostentación personal, donde quedaba incluida la caridad pública.

Un hecho característico de la época helenística es la propagación de la moneda por las ciudades de Asia, debida a un aumento de la circulación monetaria, que se produjo a su vez porque las grandes cantidades de oro y plata obtenidas con las conquistas de Alejandro no fueron tesaurizadas sino puestas en movimiento. Aunque no desapareció el trueque y el pago en especie en las aldeas, el comercio utilizaba moneda, si bien no de patrón único. Ya dijimos que Egipto impuso un patrón especial –el fenicio, con una tetradracma de 13 a 15 gr–, pero el más corriente fue el empleado por los Seléucidas y los Antigónidas, que era el patrón ático, adoptado por Alejandro, con su tetradracma de 17 gr; en Grecia había acuñaciones locales de otros pesos.

Tenemos noticias sobre la existencia de un malestar social en algunas zonas de Grecia, que habría conllevado un importante descenso demográfico –por rechazo al matrimonio y por infanticidio, según Polibio–, con una despoblación de las ciudades y una reducción en la productividad de los campos. Como quiera que la falta de hijos parece que se atribuye a los ricos, y que tenemos constancia de exigencias sobre distribuciones de tierras, hay que pensar en un caos social complejo más que en un empobrecimiento puro y simple de la capa social baja. Las continuas guerras y revoluciones y la incidencia de la piratería habrían producido una situación de incertidumbre y desánimo entre quienes contaban con recursos, mientras que quienes no los tenían se amotinaban y los exigían violentamente. El historiador Polibio nos habla, por ejemplo, de una situación caótica de Beocia a comienzos del siglo segundo,

con suspensión de los tribunales de justicia y pagos estatales extraordinarios para los indigentes.

En las ciudades de la Grecia continental los conflictos originados por las grandes diferencias de riqueza parecen haber llegado a constituir una seria amenaza de revolución social, con antecedentes incluso anteriores a Alejandro. Ilustrativo es al respecto el juramento de lealtad de unos nuevos ciudadanos de una ciudad cretense, recogido en una inscripción, donde se exige a los individuos el compromiso de no originar divisiones de tierras ni cancelaciones de deudas.

Las revoluciones que conocemos por las fuentes no preconizaban un cambio del sistema o de los modos de producción, sino una simple inversión de papeles entre los ricos y los pobres; y tampoco pretendían suprimir la esclavitud –sólo conceder o vender la libertad a algunos esclavos concretos por razones coyunturales. Tampoco han sido demasiado numerosas ni demasiado importantes, acaso por la eficacia de los repartos gratuitos de trigo, o por el reforzamiento de las élites que produjo la presencia romana.

No obstante hay figuras de revolucionarios que es preciso mencionar. Sobre todo el caso de los reyes espartanos Agis y Cleómenes, que conocemos en forma idealizada por las biografías de Plutarco, mientras que para Polibio eran una especie de tiranos. En Esparta la alienabilidad de las parcelas, que fue legalizada gracias al éforo Epitedeo, produjo una concentración de la propiedad fundiaria, dando lugar a una masa de espartanos sin recursos que perdieron sus derechos de ciudadanía por falta de capacidad económica. Como quiera que no podían dedicarse a otras actividades, como la industria o el comercio, porque éstas correspondían a los periecos, pasaron a constituir una masa hambrienta sin espacio social o económico y totalmente carente de estímulos, a no ser el de la subversión . Para solucionar el problema, el rey Agis ideó volver al sistema antiguo, el de las parcelas iguales atribuido al legendario legislador Licurgo, y aprovechó la elección para el eforado de uno de sus partidarios para sacar adelante sus reformas; pero, antes de que se llevara a cabo la redistribución de tierras, Agis fue asesinado. Precisamente un hijo de Leónidas, el correy de Agis opuesto a las reformas, casó con la viuda, quien lo habría convertido en partidario de la revolución. Así, Cleómenes suprimió la magistratura del eforado y asignó nuevas parcelas. Permitió comprar su libertad a algunos

ilotas y concedió la ciudadanía a muchos periecos, con el fin de que aumentar los efectivos militares, para así poder iniciar una política expansionista, que tal vez fuera su principal objetivo. En su ofensiva contra la liga Aquea ganó varias ciudades, donde se esperaban redistribuciones de tierras y cancelaciones de deudas. Sin embargo, como ya se ha dicho, el líder de la liga, Arato, llamó en su ayuda a Antígono III, quien invadió el Peloponeso y puso en fuga a Cleómenes.

Es posible que algunas de las medidas paliativas del problema social hayan sobrevivido a la derrota de Cleómenes, y desde luego el movimiento revolucionario de Esparta tuvo sucesores. El más conocido es el rey Nabis, quien, según Polibio, habría mandado al exilio a los más ricos e ilustres, distribuyendo las riquezas y las mujeres de aquéllos entre sus propios partidarios, algunos de ellos mercenarios de la más baja extracción social; también le atribuye concesiones de libertad a esclavos. Nabis fue asesinado y su revolución abortada.

9. Religión y religiosidad

En el ámbito de las creencias religiosas y de la piedad, la época helenística presenta creaciones peculiares. En realidad esta evolución arranca de la crisis de la religión olímpica que empieza con el escepticismo desarrollado por la sofística; una crisis que afecta a la fe y al sentimiento religioso, manteniendo los ritos en el marco de las tradiciones conservadas y respetadas. Se asiste ahora a una apertura a los cultos extranjeros, y, sobre todo, hay una inclinación hacia las religiones que ofrecen una vivencia personal intensa del fenómeno religioso, acompañada o no de una promesa de vida después de la muerte. El culto al gobernante es otro aspecto característico de esta época, no tanto debido a la búsqueda de la vivencia religiosa por parte del individuo como a un intento de los propios soberanos por alcanzar una legitimidad.

Ya nos hemos referido más arriba a la divinización de Alejandro en Egipto, a su reconocimiento como hijo de Amón, que conllevaba la equivalencia de ser reconocido como hijo de Zeus; así lo hicieron, en efecto, poco después los oráculos de Dídima y Eritrea. También hay que considerar en esta línea el intento de introducir la *proskynesis* –el gesto de adoración–, que no logró prosperar. En fin, en el 323 surgieron cultos a Alejandro en Ate-

nas y posiblemente en otros lugares, aunque se interrumpieron con su muerte.

En las dinastías que se consolidan como sucesoras de Alejandro observamos, en primer lugar, la vinculación a uno de los grandes dioses tradicionales. Los Ptolomeos, en especial el cuarto de ellos, promueven el culto a Dioniso, reglamentando sus manifestaciones, y sabemos por una inscripción que Ptolomeo III era reconocido como descendiente de Heracles por vía paterna y de Dioniso por vía materna, lo que lo hacía descender de Zeus por las dos. Por su parte, los Seléucidas eligieron a Apolo, un dios muy venerado en Asia Menor, y se dice que Seleuco pretendía llevar en el muslo un ancla, símbolo de ese dios, de quien se presentaba como hijo. Finalmente, los Antigónidas se aferraron a la pretendida ascendencia argiva de la casa real de Macedonia, haciéndose pasar por descendientes de Heracles.

El paso siguiente es la adoración de los soberanos muertos, para llegar a su adoración en vida, siguiendo el precedente de Alejandro, cuyo culto establece Ptolomeo I en Egipto. A la muerte de éste, Ptolomeo II proclamó la divinidad de su padre, y, cuando murió la viuda, hizo de ambos los *theoí sotéres*, los «dioses salvadores». La culminación de este desarrollo es obra del mismo Ptolomeo II con la creación de un culto para sí mismo y para Arsínoe, su hermana y esposa, bajo la advocación de los *theoí adelphoí*, los «dioses hermanos». Cabe señalar que tanto Arsínoe como Berenice, la hija de Ptolomeo III, consiguieron despertar en Egipto un sentimiento especial de piedad, que se manifiesta en la elección repetida de sus nombres dentro de las familias de los sacerdotes egipcios.

En el caso de los Seléucidas el culto parece menos impuesto desde arriba y más abierto a la iniciativa de las ciudades griegas. De hecho, hasta Antíoco III no conocemos el establecimiento de un culto para sí y para todos los antepasados, aunque Antíoco I ya había proclamado dios a Seleuco. Para Pérgamo ni siquiera hay testimonios de la existencia de un culto oficial de los Atálidas, por más que algunas ciudades sí se lo rindieran.

Por lo que respecta a Grecia, sabemos de un himno que cantaban los atenienses a Demetrio, donde se le saludaba como hijo de Posidón y de Afrodita, y donde se celebraba que, a diferencia de los otros dioses «lejanos y sin oídos», él estuviera presente y pudiera escuchar las plegarias. De aquí se puede inferir algo de lo que sentían esos súbditos, más que fieles, cuando se

dirigían a esos dioses; de hasta qué punto había cambiado la religiosidad.

La auténtica piedad parece haberse volcado en esas religiones llamadas mistéricas o de salvación, porque a través de unas complicadas y secretas ceremonias de iniciación –los misterios– producían la salvación individual. La doctrina de esas religiones es difícil de interpretar y tiene variaciones de unas a otras, pero todas tenían en común el proporcionar a la apetencia de una vivencia religiosa personal y profunda una satisfacción que ya no encontraba en la religión olímpica y que tampoco podía producir el culto a los gobernantes. De hecho los misterios de Eleusis y el culto a Dioniso, ahora tan en boga, representaban un aspecto tradicional de la religión griega, que había venido desempeñando esa función en coexistencia con la religión olímpica. Pero el mundo griego se abre ahora a los misterios egipcios, con el culto de Serapis, y sobre todo con la veneración de Isis, la hermosa diosa madre, que era la más querida para las mujeres y el prototipo de la divinidad femenina; y también a otras formas de religión mistérica originarias de Asia, como los misterios de Adonis, los de Cíbele o los de Atis, más relacionados con los cultos de la vegetación y la fecundidad, y más cerca del frenesí y de los desmanes que caracterizaban el culto dionisíaco tradicional.

Debemos referirnos, en fin, a ciertas formas de racionalización del pensamiento y de la vivencia religiosa aparecidas en esta época. Una de ellas es el evemerismo –así llamado por Evémero de Mesene– que pretende explicar el origen de los dioses como hombres que habrían reinado en una cierta isla y habrían sido adorados allí como dioses, en razón de una magnificación de sus proezas. En otra línea está la divinización y veneración de las abstracciones, como la paz o la riqueza, a las que se atribuye un efecto salutífero; y, sobre todo, la gran creación helenística, la diosa *Tyche*, la Fortuna, que juega un papel importante en la vida de los hombres porque rige sus destinos con tanto poder como el atribuido a las divinidades providentes.

10. El mundo de la cultura

En conjunto, se puede hablar de un aumento del nivel cultural en el mundo helenístico y de una difusión de la cultura, en la que influyó muy favorablemente la existencia de una lengua

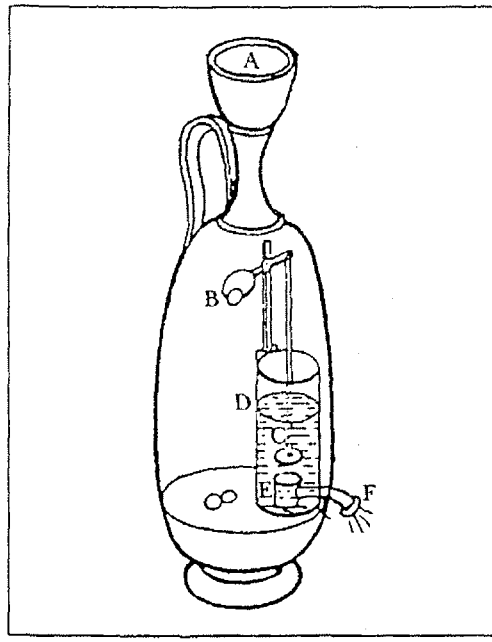


Figura 4. Dispensador automático de agua lustral ideado por Herón de Alejandría:

Cuando se echa una moneda por la boca del recipiente (A), cae sobre la placa (B), lo que hace que se levante la tapa (C), de modo que una pequeña cantidad de agua lustral pasa del recipiente interior (D) al pequeño vasito (E), para salir finalmente por el tubo (F). El peso de la tapa debe ser mayor que el de la placa para que se vuelva a cerrar el vasito cuando cae la moneda al fondo del recipiente, pero la tapa tiene que pesar menos que la tapa y la moneda juntas.

común, el griego llamado *koiné*. Asimismo la gran producción de papiros, y más tarde de pergaminos, y la utilización de esclavos instruidos para las copias, permitió publicar libros a una escala antes desconocida.

Por los hallazgos papiráceos podemos deducir que el número de personas que leían y escribían habitualmente era grande, aunque la cultura propiamente dicha se vincula a las ciudades. En ellas se mantiene la tradición de la educación griega superior, que se impartía en los gimnasios, como una combinación de poesía, filosofía y retórica, por un lado, y de música y ejercicio físico,

por el otro. Una inscripción de Teos nos informa sobre la organización de esos centros, que a veces incluían también los niveles inferiores de la enseñanza. Había profesores, de una situación económica media, pero muy respetados, y existían unos magistrados rectores, los *paidonómoi*, con el gimnasiarca a la cabeza, que no sólo no cobraban sino que contribuían a la financiación de esas instituciones con sus propios recursos; también los reyes les hacían donaciones. Al salir del gimnasio, los alumnos interesados y con capacidad económica acudían a algún maestro o escuela, que también se ubicaban en las ciudades, para realizar estudios más especializados.

Y en las grandes ciudades estaban los verdaderos centros del saber, las bibliotecas, debidas al mecenazgo de los reyes. Surgieron en las cortes de Antioquía, Siracusa, Pela, y desde luego en Pérgamo una magnífica; aunque el centro intelectual del mundo helenístico era indiscutiblemente Alejandría, donde, siguiendo probablemente el viejo modelo de Atenas, fundó Ptolomeo I una gran biblioteca y el llamado Museo, un instituto de investigaciones científicas, dotado de todos los medios técnicos conocidos entonces. Allí llegó a haber medio millón de pergaminos , y allí se desarrolló la filología –edición e interpretación de los textos–, de la mano de los grandes bibliotecarios que se fueron sucediendo. Se hicieron catálogos, nuevas ediciones, resúmenes de todo tipo de obras, y se analizaron textos como los de Homero, con problemas de interpolaciones en su larga tradición oral. Los hombres con grandes conocimientos, los sabios, tienen ahora una cotización internacional y encuentran una acogida generosa en los reinos, pero en un nivel más modesto también se escribe mucho: conocemos más de mil cien escritores helenísticos, incluyendo los de ciencia y filosofía, aunque la mayoría sólo son nombres porque su producción se ha perdido.

Un hecho característico de la época helenística es la fragmentación de la ciencia –de la antigua filosofía– en especialidades, debida a que ya nadie puede aspirar al enciclopedismo. Otro es el interés por la observación de los fenómenos y por la experimentación, que impregna las disciplinas más teóricas. Sin embargo, la ciencia helenística, en la medida en que sigue siendo una ciencia aristocrática, elude, por denigrantes, las aplicaciones prácticas de los conocimientos alcanzados, por lo que no redundan estos avances en una mejora de la calidad de vida ni en un desarrollo tecnológico. La excepción es la práctica de la medicina y el diseño de las máqui-

nas de guerra, urgido éste por los reyes, que estaban obsesionados por la superioridad militar. El famoso tornillo de Arquímedes, con el que se puede elevar agua por medio de un movimiento giratorio, sí extendió su uso para drenajes, sobre todo de las minas, pero lo normal era que los numerosos artilugios inventados en esta época no pasaran del prototipo, que se acudía a contemplar con admiración en su lugar de emplazamiento.También influyó en esto sin duda la abundancia y el buen precio de la mano de obra, que hacía que el objetivo de fabricar un autómata, por ejemplo, no fuera el de ahorrarse los servicios de un operario.

En el siglo tercero se desarrolla la llamada escuela médica de Alejandría, que propugnaba el conocimiento anatómico como algo previo para el tratamiento de las enfermedades; no sólo practicaban autopsias sino que consideraban necesaria la vivisección humana –realizada en criminales– para poder estudiar el aspecto y funcionamiento de los órganos. Se realizaron grandes avances, pero el hecho de que las curaciones no crecieran en proporción a las teorías hizo perder crédito a estos anatomistas y dio origen, también en Alejandría, a una escuela rival de medicina empírica, que se basaba en la experiencia clínica, en la analogía y en un conocimiento cada vez mayor de los fármacos.

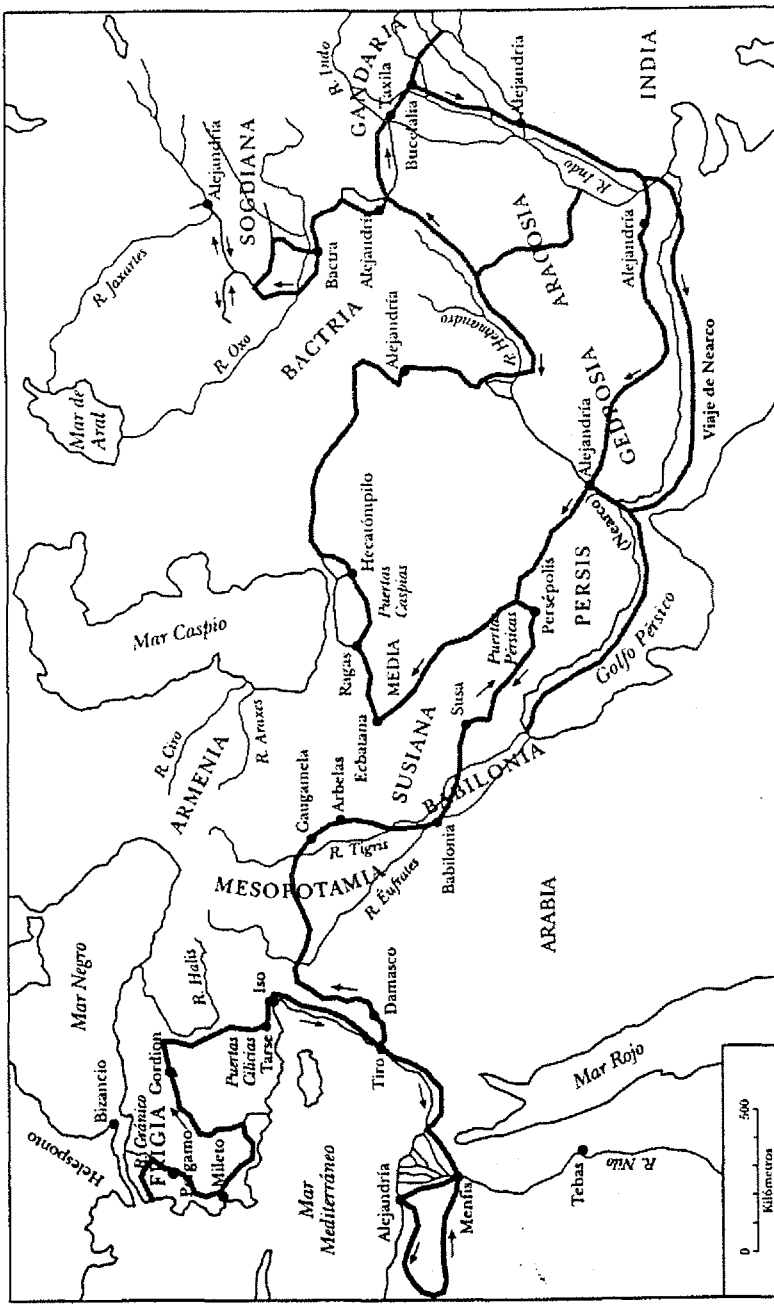
Atenas siguió siendo la ciudad de los filósofos, continuando la tradición de los sofistas, de Sócrates, de Platón y de Aristóteles; sólo que ahora la filosofía, privada de tantas áreas de conocimientos, tenía que buscar su verdadero objetivo y sus métodos propios, lo que hizo dividiéndose en escuelas. Siguió funcionando la academia que fundara Platón, con el desarrollo del escepticismo como filosofía positiva. Y regresó de sus estancias fuera y de sus viajes Aristóteles, para hacerse cargo de nuevo de un Liceo, que dirigió luego Teofrasto, eclipsado en sus actividades por el Museo de Alejandría. Las dos corrientes más representativas de la época son el epicureísmo y, sobre todo, el estoicismo, ambas interesadas en mejorar la vida del individuo. Los epicúreos planteaban un ideal de placer como «ausencia de dolor en el cuerpo y de perturbaciones en la mente», lo que significaba una forma de ataraxia difícil de conseguir, porque se trataba de aprender a renunciar a las cosas placenteras que produjeran mal y a buscar las no tan agradables que acabaran por ser beneficiosas. En cuanto a la *Stoa*, fue la que alcanzó el mayor prestigio y trascendencia, pasando con gran fortuna al mundo romano. Ofrecía un sistema filosófico completo basado en la virtud, a la que se podía llegar por la razón; con Panecio, el estoi-

cismo se convirtió en una filosofía abierta a todos, que valoraba el esfuerzo por conseguir la virtud y la dignidad de la condición humana fuera cual fuera su circunstancia.

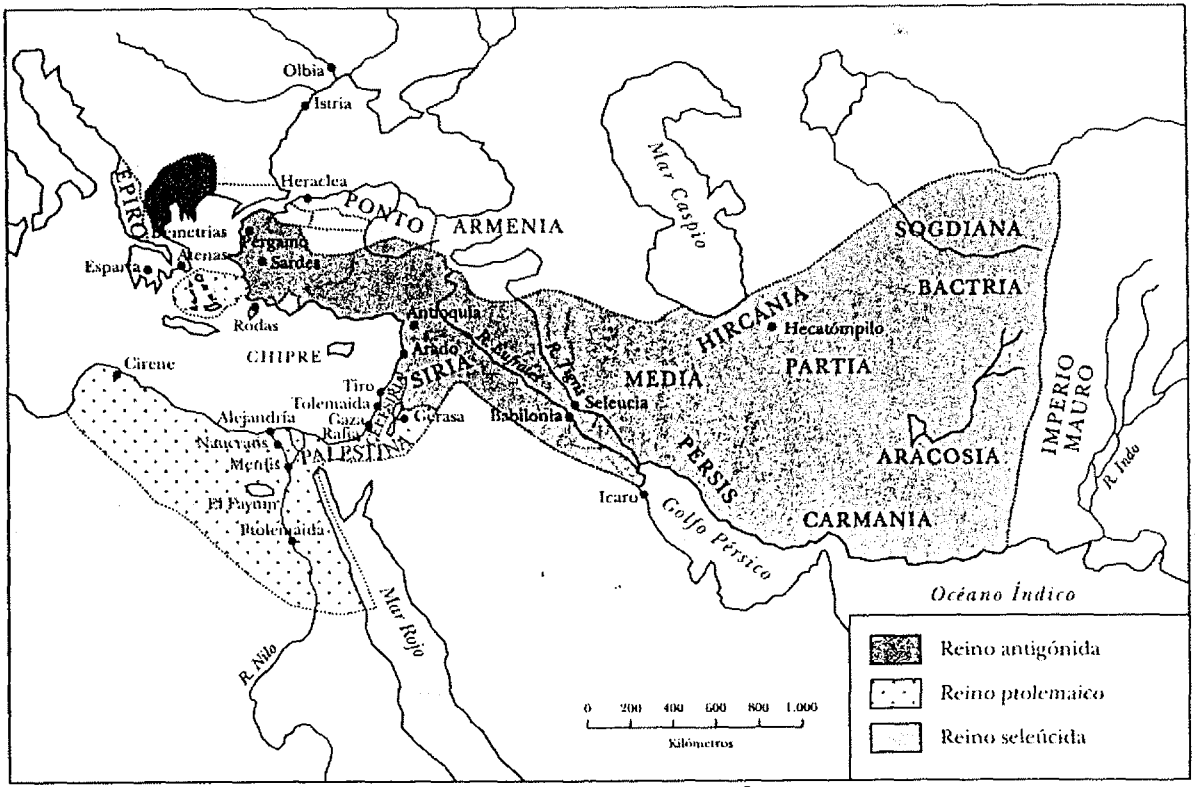
Las matemáticas, la física y la astronomía cuentan con primeras figuras en esta época. Los *Elementos* de Euclides han sido un libro de texto desde la época de Ptolomeo I en que fueron escritos hasta casi nuestros días; también se recuerda todavía a Arquímedes por el descubrimiento del principio de flotación de los cuerpos y por sus estudios sobre la palanca y las poleas. La falta de instrumentos ópticos capaces y la habilidad de su oponente en argumentar el sistema geocéntrico fueron la causa de que fuera menos aceptada la teoría heliocéntrica del universo que formula ahora Aristarco, y que estaba llamada a prevalecer. También cabe mencionar a uno de los bibliotecarios de Alejandría más famosos: Eratóstenes, que fue capaz de calcular con tan sólo un uno por ciento de error las dimensiones del globo terráqueo, midiendo el ángulo con que incidían en Alejandría los rayos del sol cuando caían totalmente verticales en un pozo profundo de la localidad de Siena, situada casi en el mismo meridiano.

En el terreno de las artes, la valoración de la época helenística es controvertida. Para unos representa una decadencia del clasicismo; para otros, una renovación, con nuevos ideales y nuevos géneros. Dentro de la literatura destaca una figura intermedia entre el clasicismo y el helenismo: el dramaturgo Menandro, creador de la comedia de costumbres, con una atención especial a la trama y a los caracteres, que tendría su continuidad en los latinos Plauto y Terencio, pasando de ahí su influencia a la literatura posterior. Lo propiamente helenístico más destacable se encuadra en la poesía: Calímaco, que desarrolla a la perfección el epigrama, una breve composición lírica colorista e incisiva; Teócrito, maestro de la poesía bucólica, con esos ambientes idílicos tan bien descritos donde realizan los pastores sus competiciones poéticas; y Apolonio de Rodas, que recrea en sus *Argonáuticas* una poesía épica precursora de la novela, con la fortuna y el entramado de las pasiones humanas como responsables del desarrollo de los acontecimientos.

Como brevísima referencia a las artes plásticas diremos que en una primera etapa se muestran los discípulos de los grandes maestros clásicos como continuadores del clasicismo, pero a comienzos del siglo tercero aparece lo más característico de la pintura y la escultura helenísticas, con su tendencia al realismo, a lo anecdótico y a lo patético o caricaturesco.



Mapa 1. La expedición de Alejandro.



Mapa 2. Los reinos helenísticos a mediados del siglo III.

Mapa 3. Grecia y Macedonia.

Mapa 4. Asia Menor.

BIBLIOGRAFÍA

AUSTIN, M. M., *The Hellenistic world from Alexander to the Roman conquest. A selection of ancient sources in translation*, Cambridge Univ.Press, 1981.

BIANCHI BANDINELLI, R., *Historia y civilización de los griegos*, vols. IX y X, Barcelona, Ikaria-Bosch, 1983.

BILLOWS, R. A., *Antigonos the One-Eyed and the creation of the hellenistic State*, Univ. of California Press, 1990.

CLOCHE, P., *Un fondateur d'empire. Philippe II roi de Macédoine*, Saint-Etienne, ed.Dumas, 1955.

— *Alexandre le Grand et les essais de fusion entre l'Occident gréco-macédonien et l'Orient*, Neuchatel, ed. Messeiller, 1953.

— *La dislocation d'un empire. Les premiers successeurs d'Alexandre le Grand*, París, Payot, 1959.

ELVIRA, M. A., *La cultura helenística*, Cuadernos de Historia 16, Madrid, 1985.

FERNÁNDEZ NIETO, F. J., *El mundo griego y Filipo de Macedonia*, Madrid, Akal, 1989.

GREEN, P., *Alexander to Actium. The historical evolution of the Hellenistic Age*, Univ. Of California Press, 1990.

HAMMOND, N., *Three historians of Alexander the Great*, Cambridge U P, 1983.

— *The Macedonian State, the origins, institutions and history*, Oxford U P, 1992.

— *Sources for Alexander the Great, an analysis of Plutarchs's Life and Arrian's Anabasis Alexandrou*, Cambridge U P, 1993.

— *Phillip of Macedon*, Londres, Duckworth, 1994.

HAMPL, F., *Alejandro Magno*, Valladolid, Moretón, 1971.

HOMO, L., *Alejandro el Grande*, Barcelona, Grijalbo, 1963.

JOUGUET, P., *El imperialismo macedonioy la helenización del Oriente*, serie «La evolución de la humanidad», Méjico, 1958.

KINCAID, C.A., *Successors of Alexander the Great*, Chicago, Ares Publ., 1985.

LOZANO, A., *Las monarquías helenísticas (1): el Egipto de los Lágidas*, Madrid, Akal, 1989.

— *Las monarquías helenísticas (2): los Seléucidas*, Madrid, Akal, 1989.

— *Asia Menor helenística*, Madrid, Akal, 1989.

— *El mundo helenístico*, Madrid, Síntesis, 1992.

PIÑERO, A., *La civilización helenística*, Madrid, Akal, 1989.

PRÉAUX, Cl., *Le monde hellénistique, la Grèce et l'Orient (323-146 av. J.-C.)*, París, P U F, 1978.
RABANAL, M., *Alejandro Magno y sus sucesores*, Madrid, Akal, 1989.
— *Las monarquías helenísticas (3): Grecia y Macedonia*, Madrid, Akal, 1989.
ROSTOVTZEFF, M., *Historia social y económica del mundo helenístico*, Madrid, Espasa Calpe, 1967.
TARN, W.-GRIFFITH, G. T., *La civilización helenística*, Méjico, F C E, 1969.
WALBANK, F. B., *El mundo helenístico*, Taurus, 1989.
WIRTH, G., *Alejandro Magno*, Barcelona, Salvat, 1986.